Biblioteca Pública de Teruel

Sala .....

Estante .....

Signatura P 9[illegible]-185

CENTRO NACIO CTURA

35'50
FA. 5991

BIBLIOTECA PUBLICA

DIPLOMACIA SUBTERRÁNEA

FA-5991

DIPLOMACIA SUBTERRÁNEA

COMENTARIOS DE UN ESPAÑOL

(TERCERA SERIE)

POR

JUAN DE LA COSA

BIBLIOTECA PUBLICA-TUIA

R 8654
R-6899

VALENCIA, 1948

ES PROPIEDAD

SEMANA GRÁFICA, S. A. — CONDE DE SALVATIERRA DE ALAVA, 20. - TELÉF. 17617. — VALENCIA

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

NOTA DE LA EDITORIAL

Debidamente autorizados por la Dirección de Radio Nacional de España publicamos en este volumen la tercera serie de artículos de Juan de la Cosa, radiados en distintos programas de la gran emisora nacional • *Diplomacia subterránea* es la continuación de los dos volúmenes ya publicados con los títulos de *Comentarios de un español* y *Las tribulaciones de Don Prudencio.*

BIBLIOTECA PUBLICA - TARRAGONA

I

DIPLOMACIA SUBTERRÁNEA

Con el título de «La representación diplomática británica en Madrid trata de lograr la salida de Franco», la Agencia United Press lanzó al mundo el pasado día 18 una noticia, que la prensa española publicó y aun comentó debidamente, pero de todas formas no está de más volver sobre ella, por cuanto hay aspectos en la misma sobre los que al español le interesa meditar.

La noticia en cuestión, procedente de Londres, dice así textualmente, sin poner ni quitar una coma:

«Una personalidad del Gobierno declara que los diplomáticos británicos en Madrid han estado celebrando reuniones con los jefes de los partidos políticos españoles de derecha, centro e izquierda para explorar la posibilidad de formar un Gobierno de coalición interino que sustituya al del Generalísimo Franco.

»El informador en cuestión dice que las consultas han estado realizándose durante bastante tiempo, y que en ciertos momentos inspiraron esperanzas, pero que un ataque de las Naciones Unidas contra España —probablemente el del Consejo de Seguridad

en junio último, explica la citada Agencia— cambió la situación.

»La referida personalidad agrega que la acción de las Naciones Unidas parece haber tenido como único resultado, hasta ahora, reforzar la posición de Franco, permitiéndole presentarse ante el pueblo y el Ejército con el alegato de que las naciones extranjeras tratan de dictar su voluntad a España. Sigue diciendo el informador que Gran Bretaña espera la formación de un Gobierno de coalición de amplia base, comprendiendo elementos derechistas, centristas e izquierdistas, para que reciba el poder de Franco y lo ejerza hasta que puedan celebrarse elecciones libres.

»El informador supone que los diplomáticos norteamericanos han explorado de manera semejante la posibilidad de un Gobierno interino. Semejantes consultas eran necesarias —explica— para que el Gobierno determinase la actitud que había de seguir en las discusiones de la O. N. U. sobre España. No aclara si la Misión diplomática británica ha conferenciado con los representantes de las izquierdas españolas clandestinas en Madrid, pero sí dice que no cabe esperar incluir en el Gobierno interino a la extrema derecha ni a la extrema izquierda.

»Indica después que, a pesar de la decisión de llamar a Londres a sir Víctor Mallet, de conformidad con la resolución de las Naciones Unidas, continúan las consultas británicas con los jefes políticos españoles. El informador reconoce que esas consultas son acaso contrarias a las costumbres diplomáticas, pero —añade— España es un caso especial, ya que el Gobierno británico ha indicado repetidas veces que detesta el régimen de Franco y que espera que un Gobierno transitorio de coalición lo sustituya hasta que se celebren elecciones libres.

»El motivo de haberse hecho estas revelaciones sobre las consultas políticas de la representación diplomática británica

ha sido la réplica que, se supone que inadvertidamente, dió ayer Morgan Phillips, Secretario del partido laborista, a los «rebeldes» que criticaban la política del Gobierno con respecto a España. Phillips, en efecto, contestó a las críticas con estas palabras de justificación: "Gran Bretaña es la única potencia del mundo que está laborando continuamente, tanto dentro como fuera de España, en busca de un medio para deponer a Franco. Pero no apoyará gestiones que no tengan resultados positivos. De nada valdría que Gran Bretaña impusiese sanciones económicas, cuando un pacto con la Argentina suministra a Franco todo cuanto necesita".»

¿Es verdad toda esta confesión que la Agencia United Press atribuye, nada menos, que a una personalidad del Gobierno británico? ¿Quién es esa personalidad? ¿Quién es Mr. Morgan Phillips y cuál es su responsabilidad, para declarar de manera tan tajante que la Gran Bretaña está laborando cuanto puede por derrocar el régimen español? ¿Es totalmente falsa la noticia que nos ocupa? No sabemos más que la noticia en sí ha sido publicada y que el State Departement se apresuró a desmentir las suposiciones que en ella se hacen de que los diplomáticos norteamericanos en Madrid se dediquen a la misma extraña actividad que se señala para sus colegas británicos. El Foreing Office no ha dicho nada hasta ahora, que sepamos, y forzoso es reconocer que tal silencio da mucho que pensar.

Cuando sir Víctor Mallet llegó a Madrid como Embajador de S. M. británica cerca del Caudillo de España, trajo unas cartas credenciales en las que, en prosa protocolaria, pero no por protocolaria desprovista de sentido, se hacían manifestaciones de amistad hacia la nación española y la persona del Jefe del Estado español, y se expresaban los más calurosos votos por la prosperidad de una y otro, así como por el mayor afianzamiento

en las relaciones entre ambos países. Esta era la misión oficial del Embajador inglés en nuestra patria, que es la que corresponde a todo representante de una nación amiga. Ahora se nos dice, achacando la noticia a una *personalidad* del Gobierno británico, que sir Víctor Mallet se ha dedicado al *deporte* de *conspirar* contra la persona cerca de la cual ostentaba la representación de S. M. británica, y se agrega, con un cinismo inaudito, que si bien estas actividades son contrarias a las costumbres diplomáticas, España es un caso especial, «porque el Gobierno británico ha indicado repetidas veces que *detesta* el régimen de Franco».

Nos abstenemos de calificar tan turbia conducta. Si la noticia que comentamos es cierta y sir Víctor Mallet ha traicionado a S. M. británica al dedicarse a actividades totalmente opuestas a la misión que S. M. le señaló al firmar sus cartas credenciales, allá el Gobierno inglés. El juicio de cada español en tal hipótesis, ante tan flagrante atentado a nuestra soberanía, ya pueden imaginarse los ingleses cuál será: el mismo exactamente que el que ellos formularían si una personalidad del Gobierno español declarase que nuestro Embajador en Londres se dedicaba activamente a conspirar contra la Monarquía británica, haciendo consultas con los jefes de los partidos políticos para poner en Inglaterra un régimen y un Gobierno a gusto de los españoles.

El mismo reconocimiento, sin reservas mentales, que los ingleses tienen derecho a exigir para la soberanía del Reino Unido, exigimos nosotros de los demás para la soberanía de España; y la misma consideración y el mismo respeto que los ingleses tienen derecho a exigir para S. M. británica, exigimos nosotros de los extranjeros para nuestro Caudillo. En la soberanía de las naciones no hay jerarquías; por lo menos, los españoles, orgullosos más cada día de nuestra historia y de

nuestra aportación a la civilización universal, no las aceptamos.

Miremos ahora hacia adentro de casa. ¿Quiénes son esos titulados *jefes de partidos políticos* de derecha, centro e izquierda que se han permitido forjarse «cuentos de la lechera» sobre la base de la confianza política de un Embajador extranjero? ¿Qué masas siguen a estos desdichados *quislings* de *vía estrecha?* ¿Es que han perdido la memoria, que están dormidos o que son tontos? ¿A quiénes sirven? ¿Quién les paga? ¿Cómo aceptan siquiera el hablar con un extranjero sobre cuestiones que son de la exclusiva competencia de los españoles? ¿Cómo les cabe en la cabeza que las juventudes que se batieron por impedir que gobernara España un Gobierno «*made in* Moscú», pudieran aceptar como borregos gobiernos «*made in* Londón» o «*made in* cualquier otro sitio»? ¡Tiene gracia! De modo que ahora, que hasta el Negus y Liberia tienen sus representantes en la O. N. U. y *alternan,* votando y todo, con las grandes potencias, a nosotros, el pueblo más viejo, más glorioso y más bravo del planeta, nos van a *cocer* los gobiernos en el despacho *private* de un Embajador extranjero. ¿Qué concepto de la dignidad nacional tienen esos hombres?; ¿qué creen que es *ser español?* ¡Parece imposible que el snobismo, la ambición, la soberbia o la estulticia puedan cegar hasta tal punto los sentimientos más primarios! ¿Para qué les sirve a esas gentes su cultura, su posición, su riqueza o sus nombres, quizá recuerdos gloriosos de nuestra historia, si son incapaces de sentir lo que vive pujante en el corazón del último labriego o de un pobre pescador?...

Sir Víctor Mallet se marchó como consecuencia de un acuerdo de la O. N. U., basado en falsedades archidemostradas. Buen viaje. Si, como se dice en la noticia que comentamos, a pesar de ello van a continuar «las consultas con los jefes políticos españoles», que los encargados de hacerlas *tasen* primero a estos

jefes políticos. Sería para ellos un pésimo negocio, tras cometer una deslealtad, repugnante a toda persona digna, cubrirse de ridículo al dialogar con unos entes empingorotados que nada son y a nadie representan. Ahora, que si les son simpáticos y les divierten, llévenselos. Para ustedes para siempre. Se los regalamos con mucho gusto.

28 de diciembre de 1946.

II

LOS GRANDES Y LOS PEQUEÑOS

La última y lamentable actuación de la O. N. U. contra España —lamentable por cuanto para la humanidad sana es de lamentar que un organismo que se atribuye su representación sea ya para siempre ante la Historia culpable de la mayor injusticia conocida— ha tenido, sin embargo, la virtud de poner en evidencia actuaciones ejemplares que son consuelo y calmante a las náuseas que a toda conciencia honrada, de cualquier nacionalidad, ha tenido que producir tanta *basura moral.*

A la hora de *votar,* el 13 de diciembre, en la Asamblea General de la O. N. U. un alegato contra España, fundamentado en una descarada violación de la Carta constitucional de la Organización y en una vergonzosa mentira, hubo allí de todo: franca y decidida mala fe por parte del sector que por doctrina ha hecho un arma de la mentira, de la violencia y de la calumnia; turbia componenda de parte de otros; *habilidad* de los *vivos* que creen *hacer su juego* pactando con el diablo, y... cobardía de muchos; pero hubo también la minoría, tanto más meritoria cuanto más exigua, de los que se enfrentaron con la injusticia y la rechazaron con dignidad.

Cuando tras apoteósico mitin de subversión de todos los va-

lores morales, sin los que la vida del hombre sobre el planeta tendría las mismas dramáticas características que la de las fieras en la jungla, tantos dijeron que *sí* al condenar a España sin razón y sin justicia, y tantos callaron, quizá un poco colorados, adoptando la poca gallarda actitud de la abstención, un grupo, un pequeño grupo de representantes, dijo con energía y dignidad que *no*. ¿Por qué? La explicación de los votos negativos en la O. N. U. la dió días más tarde, en sobrio y contundente estilo militar, el general Perón: «Amamos a España y amamos la verdad.» Siete palabras nada más; pero en ellas la fórmula más precisa de toda una ética, que se encierra en esa palabra tan española: *caballerosidad*. Quien ama a su madre y rinde culto a la verdad, que *no es más que una* y no admite mixtificaciones, por encima de todas las presiones y de todas las amenazas más o menos encubiertas, ya es *alguien* en el revuelto mundo en que vivimos.

En el corazón de todo español bien nacido grabados han quedado para siempre los nombres de la Argentina, Perú, Ecuador, República Dominicana, Costa Rica y El Salvador. Les agradecemos profunda y sinceramente su defensa ante el inicuo ataque contra España, pero les agradecemos, además, algo que a toda la hispanidad afecta: el hecho de que la Verdad se haya defendido en la O. N. U. *en español*.

¡Qué lección de gallardía ha dado al mundo ese pequeño grupo de campeones de la Verdad!

En una carta dirigida al director de *A B C* por el Encargado de Negocios de Nicaragua, que el citado periódico publicó en su número del 19 de diciembre, el señor Avilés Ramírez decía así, al quejarse de un editorial de unos días antes: «¿Y cómo no se le ha ocurrido a su editorialista buscar una explicación al voto de Nicaragua más en armonía con las difíciles circuns-

tancias de la política interamericana? ¿No se dió cuenta de que Nicaragua votó en contra de las dos mociones esenciales y que, para no exasperar al enemigo, el Gobierno de mi patria —que, dicho sea de paso, fué el primero en reconocer al Gobierno actual de España— no tuvo más remedio que conceder a regañadientes lo menos vital?»

Esta declaración pública y oficial no puede ser más elocuente: Nicaragua votó a favor de la condena a España no por convencimiento de la verdad de cuantas cosas nefandas se dicen de nuestra patria en el texto del acuerdo. Nicaragua, *que fué el primer Estado que reconoció al régimen español*, está convencida de la mentira de todas esas inculpaciones; pero, ¡ah!, *por las difíciles circunstancias de la política interamericana y para no exasperar al enemigo, votó a regañadientes* contra sus convicciones. ¡Insospechados horizontes! ¿De modo que eso de la *libertad de expresión* en la O. N. U. es un mito? ¿De manera que eso de que cada nación pueda decir en la Organización lo que honradamente crea entra en el terreno de lo heroico, porque existen allí peligrosos enemigos que se *exasperan* si se vota en contra de lo que ellos quieren; se temen sus represalias y, haciendo de tripas corazón, hay que votar en contra de las propias convicciones? ¡Vaya, vaya! ¡Pues sí que es democrática la cosa! ¿De modo que es así cómo se reafirma «la fe en los derechos fundamentales del hombre en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas», que era a lo que estaban resueltos «nosotros, los pueblos de las naciones unidas», cuando el 26 de junio de 1945 firmaron en San Francisco la Carta constitucional de la Organización?

Nosotros no inventamos nada. Nos limitamos a contrastar *textos* con *declaraciones*. Ahí están la Carta de San Francisco

y la carta del señor Avilés Ramírez, y si a Nicaragua se la *forzó al voto* por los procedimientos que fuesen, ¿no tenemos derecho a pensar que a otras muchas *pequeñas naciones* les sucedió lo mismo, aunque luego no hayan tenido tan ingenuos y sinceros portavoces de su violencia como el señor Avilés? ¿Y cuántos de los que se abstuvieron lo hicieron por el mismo temor a exasperar a ese misterioso enemigo? ¿Cuál es, pues, el valor neto, absoluto y real de la votación del día 13 de diciembre? ¿Qué hubiera pasado ese día en Lake Succes si la igualdad de derechos de las naciones grandes y pequeñas hubiera sido una realidad, en lugar de un magnífico camelo?

Porque, además, ¿qué es eso de naciones grandes y pequeñas? ¿Desde cuando los hombres se jerarquizan por la estatura o por el perímetro torácico? Que una nación tenga muchos habitantes, muchos kilómetros cuadrados, mucha industria o muchas materias primas, no es garantía de *grandeza* en lo humano. Un hombre no es un *gran hombre* por la potencia de sus bíceps más que en lo material: para cargar un piano. En el orden espiritual, que es en el terreno en que hay que ponerse al hablar de los *derechos del hombre* y de la *soberanía de las naciones*, no tiene aplicación ningún sistema de pesas y medidas.

El Salvador, con sus 34.000 kilómetros cuadrados, más chico en población y superficie que nuestra región de Extremadura, *emparedado* en el istmo americano entre Guatemala, Honduras y Nicaragua (dos de las cuales votaron en contra de España y Honduras se abstuvo), no temió a la exasperación de ningún enemigo y defendió bravamente la verdad frente a los embates de los Gromyko, los Lange y los Jouhaux. ¿No es El Salvador una *nación grande*, mucho más *grande* que otras, cien veces más fuertes en lo material, que claudican, atemorizadas, ante presiones o amenazas?

Sobre esto de los *grandes* y de los *pequeños*, que son todos los demás, hay mucho para pensar.

La igualdad de derechos de las naciones será una realidad y no una utopía, y la paz podrá asegurarse, cuando no haya naciones grandes ni pequeñas; cuando todas sean igualmente *grandes;* que será cuando todas ellas, por pequeñas que sean en su potencia material, mantengan *una intransigencia salvaje ante el más mínimo atentado contra su soberanía.* ¿Qué pasaría si un buen día las potencias que no están escalafonadas entre los *grandes* manifestaran su unánime decisión de romper con los *sistemas planetarios* y *vivir su vida* de paz, desentendiéndose de los pleitos entre los *totalitarismos internacionales?* ¿No sería esto quizá la mejor manera de que la Libertad no sea un mito y la Paz una entelequia?

9 de enero de 1947.

BIBLIOTECA PÚBLICA - TERUEL

III

LORD TEMPLEWOOD Y LAS MULAS DE ESPAÑA

En el *Evening Standard,* de Londres, correspondiente al 18 del pasado diciembre, se publicó un artículo de sir Samuel Hoare, hoy Lord Templewood, con el título «Cómo actuar con Franco».

El artículo es corto y *punzante* como un estilete; pero su autor, con la pretensión, sin duda, de hacerlo más *mortífero,* lo subdividió en tres partes, bajo los sorprendentes subtítulos de: «La posición», «La futilidad» y «La locura». Es el artículo de un cascarrabias, lleno de odio hacia España y rebosante de vanidad; es, en definitiva, una regocijante rabieta del *pequeño lord.*

«Si la O. N. U. —comienza— quiere evitarse un grave descrédito habrá de mostrar mayor sentido común al ocuparse de España y del Gobierno de Franco.» La tesis de sir Samuel no es que el descrédito de la O. N. U. está ya ganado a pulso por el solo hecho de haber violado su Carta constitucional al dejarse arrastrar por la pasión de una minoría que allí se impone, cometiendo una iniquidad que la Historia juzgará en su día como se merece, sino que la O. N. U. se puede desacreditar porque, pretendiendo derrocar al régimen español, no ha de conseguirlo y va a fracasar tan ruidosamente como fracasó el bueno de sir Samuel en sus subterráneos embrollos, cuando ostentaba la re-

presentación de S. M. británica cerca del Caudillo de España.

Sir Samuel discrepa de la táctica de la O. N. U., pero no de su intención. «El hecho es —sintetiza— que todos los métodos de acción directa sugeridos, o son demasiado peligrosos de adoptar, o demasiado ineficaces para lograr su fin. El camino acertado para los que deseen ver el fin del régimen —y nadie tiene más razón para desear ver el fin que yo mismo— consiste en olvidarse de Franco.» «La primera lección que hay que aprender —dice poco antes— es la locura de amenazar a los obstinados españoles. Los españoles, como las mulas de España, retroceden si se trata de llevarles por un camino que no han elegido ellos mismos.» No, sir Samuel, la primera lección que hay que aprender —y que debe estar ya aprendida cuando se tienen los muchos años que usted tiene— es la que enseña a dominar los nervios y a no cometer groserías. Esa comparación de los españoles con las mulas y el tono despectivo de todo el artículo, es ofensivo para los españoles; pero aunque ambas cosas nos relevan de toda consideración hacia quien comete tamaña incorrección y nos den evidentemente derecho a reaccionar en forma semejante, preferimos, por un imperativo del buen gusto español, dejar a la fauna en paz y tomar a broma el exabrupto.

Lo que hay en el fondo del disgusto de sir Samuel y lo que justifica su odio, su antipatía al régimen español y el *que nadie tenga mayores razones que él para desear su fin,* es que la desaforada vanidad de Lord Templewood le debe a nuestro régimen dos rotundos fracasos. A saber:

Que nadie se crea, por mucho que él lo diga, que la actividad diplomática de Lord Templewood tuvo la menor influencia en la neutralidad española, que tan beneficiosa fué a los aliados; y

El fiasco de sus *designios subterráneos* en orden a sus intromisiones en la política interior de España.

Hablando de la *futilidad* que representa la retirada de los Embajadores en Madrid, sir Samuel dice, tan serio como convencido: «Si los gobiernos americano y británico hubiesen retirado sus misiones de Madrid durante la guerra, Franco se habría pasado al Eje con armas y bagajes.» ¿De veras? ¿Y cómo fué eso, sir Samuel? Cuando en el verano de 1940 los ejércitos de Hitler llegaban al Pirineo, después de arrollar a los aliados y de la rota de Dunkerque, ¿qué fuerza tenía la Gran Bretaña que ponía alambradas en las costas del Canal, y menos sir Samuel, que, según propia confesión, tantos sustos pasó, para imponernos la neutralidad? Fuimos neutrales por nuestra libérrima voluntad, porque el Caudillo, pensando sólo en España, tuvo la habilidad y el arrojo de manifestar la firme decisión de no dejarse invadir, y porque los españoles acababan de demostrar, a lo largo de tres años de guerra, que a la hora de combatir *no son mancos*. El pretender que la neutralidad española fué la consecuencia de la *enérgica actitud* de sir Samuel y de la *dureza* de sus «notas», es de la puerilidad más divertida.

Con respecto a los *faroles* de sir Samuel, en orden a la energía de su actitud, remitimos a nuestros oyentes al juicio de su colega norteamericano Carlton J. H. Hayes en las páginas 212 y 213 de la traducción al español de su obra *Wartime mission in Spain*.

Respecto a los intentos de sir Samuel para provocar un cambio del régimen español favorable a sus intereses, Mr. Hayes dice en su libro (pág. 172 de la edición española): «Debo recordar que sir Samuel tenía convicciones muy personales y definidas sobre ciertos reajustes políticos que ligaba a permanentes intereses británicos. Quería para todos los países de Europa occidental gobiernos que colaborasen estrechamente con Inglaterra, constituyendo su *esfera de influencia*...» ¿Está la cosa clara? Sir Samuel creía que habíamos hecho la guerra de Liberación,

en la que tantos millares de combatientes cayeron al grito de «¡Arriba España!», para presentarle a él en bandeja un *Gobierno quisling* a su capricho, cuando acabábamos de decir terminantemente *que no* a las pretensiones del poderoso Ejército germano. Y claro, como no le salió lo que él consideraba *pan comido* y su vanidad no puede soportar el fracaso, ahora paga su mal humor diciendo que somos unas mulas porque no queremos ir por donde, para servir intereses ajenos a España, se pretende llevarnos. ¡¡Pobre viejito!! ¿Qué quería? ¿Que le nombráramos porque sí Administrador general de nuestra Victoria? ¡Si eso no podía ser, sir Samuel! Usted no se da cuenta de que España es un pueblo libre, pacífico, que a nadie pretende imponer nada, pero que, orgulloso de su gloriosa historia y bajo el peso abrumador del *mandato de sus muertos,* está firmemente decidido a mantener inmaculada su libertad y a que nadie le imponga tampoco nada...

No se esfuerce, sir Samuel, en propugnar agudas tácticas de *silencio oficial,* para manipular después *detrás de la cortina* con habilidades de agentes secretos. Es inútil. Estamos ya de vuelta de muchas cosas.

«Los españoles —dice usted— ya conocen nuestra opinión del régimen de Franco. Cuando Mr. Bevin dijo que *le detestaba* de una vez y para siempre, expresó los sentimientos del país.» No sabíamos que la *libertad de pensamiento* tuviera ahí límites tan restringidos; creemos, por el contrario, que muchísimos ingleses estarán convencidos de nuestra razón; pero tampoco nos preocupa gran cosa. ¿Le preocupa a usted mucho la opinión de los españoles respecto al régimen británico? Pues exactamente, en la misma medida, nos quita a nosotros el sueño el que nos *detesten* o no por ahí.

11 de enero de 1947.

IV

¡¡PRODUCIR!!

Los ciudadanos británicos han escuchado el pasado día 3 en Newcastle, de labios de su Ministro de Hacienda, una agria verdad: que «los insulares tendrán que trabajar de firme en los próximos años para mantener siquiera su actual nivel de vida».

El déficit de la balanza comercial británica en el pasado año de 1946 —dijo Mr. Hugh S. Dalton— fué de 335 millones de libras, y aseguró que no se puede seguir importando más de lo que se exporta, porque se está viviendo de los créditos norteamericano y canadiense, y estos créditos se agotarán en breves años. A pesar de los mismos —añadió—, las importaciones en 1946 sólo han sido un 70 por 100 de lo que se importaba normalmente en los años anteriores a la guerra, «por lo que la reducción de las importaciones significará sencillamente que habrá menos que comer y que fumar, menos ropas y calzado que ponerse, menos casas y muebles y menos trabajo en algunas industrias».

Para Mr. Hugh S. Dalton, el problema de ganar la batalla del mantenimiento del nivel de vida no tiene más que una solución: *aumentar la producción.*

El Ministro británico ha puesto, valiente y acertadamente, el dedo en la llaga. La única consigna eficaz para que no sólo la Gran Bretaña, sino el mundo entero, se salve de la terrible crisis económica que padece, no es otra que *producir para vivir y construir* con el mismo empuje y con la misma desesperada angustia con que, durante casi seis años, *ha producido para matar y destruir*. Durante esos años, en cada uno de los dos bandos en presencia, se clamaba: «¡Hay que producir más para ganar la guerra!», y todos, financieros, técnicos y obreros, bajo la férrea autoridad de *Gobiernos de guerra*, que por la excepcionalidad de las circunstancias habían aplazado toda discrepancia política y suspendido todo género de libertades, se pusieron a la obra con todo entusiasmo. Había que ganar la guerra, y para ello era preciso trabajar hasta el agotamiento físico, bajo el peligro de los bombardeos aéreos y con la comida racionada; y las gentes trabajaron en las fábricas, en los laboratorios y en el campo con el mismo espíritu de sacrificio con que los soldados luchaban en los frentes de combate. Ni el dinero, ni el trabajo, ni el sacrificio físico, ni las vidas, tenían valor: lo único que importaba era *ganar la guerra*. Durante casi seis años alemanes y aliados mantuvieron una gigantesca pugna de esfuerzos militares y de producción, hasta que, al fin, los primeros fueron vencidos y cayeron aniquilados.

Llegó la paz tan deseada por el mundo, y con la paz el desbordado y justificado optimismo de los vencedores. La guerra se había ganado, y todo el mundo creyó que inmediatamente la vida volvería a ser lo mismo que era antes de empezar la lucha, pero mejor todavía, porque el que había combatido o había trabajado hasta matarse se creía con derecho a disfrutar de mayor bienestar, a disponer de más cosas y a holgar todo lo posible. Ningún gobernante se atrevió a decir entonces, en los

momentos de euforia, lo que acaba de decir Hugh Dalton, y el desengaño ha venido después..., cuando se han aflojado los resortes de la disciplina nacional, mantenidos en tensión durante los años de la guerra.

En el transcurso de esos años el mundo produjo para destruir, y no sólo quedó pulverizado el fruto de todo su trabajo, sino que se destruyó lo ya existente: campos, puertos, carreteras, vías férreas, material de transporte, fábricas...; todo en proporción increíble. La guerra no se hizo con la *renta,* sino con gran parte del *capital,* y ahora hay que vivir con la *renta de un capital mucho menor.* El mundo se encuentra hoy día en la misma situación económica del propietario rural que se hubiera vuelto loco y durante varios años hubiera dado fuego a la cosecha de sus campos al terminar la recolección. Vuelto este pobre hombre a la razón, no tendría su problema otra solución que trabajar más y gastar menos, es decir, vivir peor durante muchos años para ir pagando sus deudas y rehacer su situación, o sentarse indiferente a la puerta de su casa y dejarse morir de hambre.

Si ayer el mundo trabajó para ganar la guerra, hoy tiene que trabajar exactamente con el mismo ahinco para no perecer. La excepcionalidad de las circunstancias subsiste en la misma medida. Si ayer se decía: «¡Hay que producir más para ganar la guerra!»; hoy hay que repetir hasta la saciedad: «¡Hay que producir más y más para evitar la muerte!»; y si ayer todo *boicot* a la producción se consideraba y sancionaba como traición porque favorecía al enemigo; hoy todo aquello que merme o ponga dificultades a la producción (huelgas de obreros, resistencias pasivas de las empresas, especulaciones financieras, e incapacidad, falta de celo u holgazanería de los funcionarios de la Administración) debe, en realidad, constituir la misma figura de delito.

El problema actual en todas las naciones —que a todas afectó la guerra en mayor o menor proporción y todas están afectadas por el comercio internacional— es un problema de *escasez,* agravado, en sus consecuencias tangibles, por la *especulación,* que es la explotación que de la escasez hace el *egoísmo humano...* si le dejan o si un freno moral no se lo impide, y es utópico pensar en soluciones a base de maquiavelismos económicos o de taumaturgias políticas. Se trata simplemente de dar la batalla al hambre *produciendo* con el mismo honrado empeño y la misma *coordinación* y *autoridad* con que se produce en tiempo de guerra.

La U. R. S. S. lo entiende así, pero, por desgracia, los occidentales, haciendo un uso suicida de nuestras libertades, nos limitamos a pedir, a protestar y a quejarnos..., como si los gobiernos dispusieran de la lámpara de Aladino.

5 de febrero de 1947.

V

«"THE TIME IS MONEY", MR. NOEL BACKER»

Hace unos días —exactamente el día 4, según la información de la Agencia Reuter— el diputado laborista Noel Backer interpeló al Gobierno británico sobre si éste había enviado una protesta al de España por el aplazamiento en el juicio de nueve vascos a los que, según el citado miembro de los Comunes, «sólo puede acusarse de haber intentado, el 21 de enero de 1944, pasarse a las fuerzas aliadas para combatir junto a ellas en Francia».

La realidad es, según declaró el Subsecretario de Relaciones Exteriores Cristopher Mayhew, que estos individuos están acusados de haber penetrado clandestinamente en España con el propósito de dedicarse a actividades subversivas y reorganizar el partido nacionalista vasco. Los detalles del asunto, ni los sabemos, ni nos importan. Se trata de unos ciudadanos españoles acusados de un delito previsto y penado en nuestros códigos y que están sometidos a la Justicia española. ¿Qué tienen que ver en este asunto los ingleses? ¿Qué bravata es esa de pedir una protesta ante el Gobierno español? ¿No sabe el señor Noel Backer que España es una nación soberana?

No creemos que, no ya la protesta, sino la simple petición de información, se haya formulado, porque la respuesta por parte del funcionario español era elemental. Desde el momento en que los detenidos no son ciudadanos ingleses, sino españoles, el Gobierno británico no tiene por qué hacer la menor pregunta en relación con ellos. ¿Qué le parecería al señor Noel Backer que nuestro representante en Londres se permitiera pedir explicaciones al Gobierno británico sobre el proceso y condena de Gruner, por ejemplo?

Es cierto que algunos rojos españoles combatieron al lado de los Aliados en la liberación de Francia. Lo es hasta el extremo de que gran parte de la nación vecina quedó en su poder al retirarse los alemanes, pero la teoría de que esto les exima de los delitos contra su patria no puede ser más pintoresca. Imagínese el señor Noel Backer que «lord Haw Haw» hubiera sido uno de los voluntarios extranjeros que combatieron con nosotros en nuestra guerra de Liberación, ¿qué le hubiera parecido que, cuando fué acusado de traición y juzgado y condenado a morir en la horca por los Tribunales británicos, el Gobierno español hubiera *protestado* aduciendo los servicios a él prestados?

Esos vascos separatistas que, incapaces de comprender que un español no puede ser más que hijo de la gran nación española o esclavo, más o menos remunerado y mejor o peor tratado, del extranjero, han combatido por la desmembración de su patria y conspirado contra la seguridad del Estado español, son reos de delitos en los que sólo es competente la Justicia española. Cuando un súbdito español, «héroe de la resistencia en Francia», entra clandestinamente en España y se dedica a atracar y a asesinar a las gentes, es juzgado por robo y asesinato y condenado como establecen nuestras leyes penales, aunque tenga la más

alta recompensa militar en otra nación. Utilizar a los asesinos como carne de cañón en las guerras será práctico para quien los emplea, pero no puede nunca constituir una circunstancia eximente para los delitos anteriores y posteriores de tales individuos.

Si el señor Noel Backer odia a España, lo sentimos por él; porque esa fobia que le induce a grotescas arrogancias contra nuestra soberanía, le pone en ridículo y... a nosotros nos hace hasta gracia.

Sí, Mr. Noel Backer, haga caso al prudente consejo de sir Patrick Hannon de dejar estas cuestiones a los españoles, y sea práctico. *The time is money*. No haga perder el tiempo a los Comunes, que tienen mucho en qué pensar y mucho que resolver. Déjeles que se ocupen de la disminución de la producción de carbón; de la falta de brazos; de la crisis económica; del embrollo de Palestina, tan grave para el prestigio británico, y de tantos y tan agudos problemas que tan seriamente afectan a los ingleses. Fué para resolver estas cuestiones para lo que le votaron sus conciudadanos; no para perder el tiempo diciendo impertinencias intranscendentes. «*The time is money*, Mr. Noel Backer.»

9 de febrero de 1947.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

VI

FRANCIA Y EL «CASO» ABD-EL-KRIM

Nuestros oyentes habrán leído la nota del Ministerio de Asuntos Exteriores que, en relación con el «caso» Abd-el-Krim, publicó ayer la prensa. Se trata de una manifestación más del poco respeto que el Gobierno francés guarda hacia los compromisos internacionales de Francia, ya que parece dispuesto a no hacer honor a la palabra empeñada por sus antecesores.

Cuando en 1926, España, puesta previamente de acuerdo con Francia, derrotó al cabecilla insurrecto Abd-el-Krim y pacificó total y definitivamente la zona marroquí de nuestro protectorado, evitando al mismo tiempo, y a costa de su sangre y de su esfuerzo, que la insurrección se extendiera a la zona francesa, aceptó generosamente que el vencido se entregara a los franceses, aunque ante nosotros era reo de crímenes que ahora se llaman «crímenes de guerra» y se sancionan con la muerte en horca. España no quiso vengar en el vencido los asesinatos y tormentos dados por éste a los prisioneros, pero acordó con Francia que fuese puesto a buen recaudo, quedando confinado en la isla de la Reunión, sin que pudiera cambiar de residencia sin su previo consentimiento.

En notas firmadas por Mr. Briand y nuestro Embajador en París el 10 de julio de 1926, los gobiernos de España y Francia establecieron el compromiso formal de mantenerse al corriente mutuamente en todo lo concerniente a la persona, familia y bienes de Abd-el-Krim, y de establecer nuevos acuerdos en caso que fuese necesario.

La cosa no podía estar más clara. Abd-el-Krim y sus familiares quedaban confinados en la isla francesa del Indico, y para alterar en cualquier punto esta situación, Francia debía contar previamente con España y «establecer nuevo acuerdo». Pues bien, según manifiesta la «nota» que comentamos, el Gobierno francés se ha limitado a comunicar al español *su decisión* de autorizar la residencia de Abd-el-Krim y su familia en el sur de Francia por motivos de salud; y un telegrama de París, del día 11, hace pública la noticia de que el Gobierno francés «ha acordado liberar al *líder* Abd-el-Krim de la prisión en que se encuentra confinado en la isla de la Reunión. Se le autoriza también —añade— a residir con su familia en la Costa Azul».

El Gobierno francés se limita a comunicar un «hecho consumado», que entraña un flagrante incumplimiento de los compromisos contraídos por Francia no sólo en el acuerdo del 10 de julio de 1926, sino también en el llamado Jordana-Berard, firmado en Burgos el 25 de febrero de 1939, que en su punto primero dice así:

En el momento en que el Gobierno francés, deseoso de continuar sus relaciones amistosas con España, se dispone a establecer relaciones diplomáticas con el Gobierno del Generalísimo Franco, los dos gobiernos creen obligado definir los principios en que aquéllas han de inspirarse.

El Gobierno francés, convencido de que el Nacional de España reúne todas las condiciones necesarias para garantizar la inde-

pendencia y la integridad de España, toma nota, como consecuencia de las conversaciones de Burgos, de que las declaraciones reiteradas del Generalísimo Franco y de su Gobierno expresan fielmente los principios que inspiran la política internacional del Gobierno español.

En su consecuencia, los dos gobiernos afirman su voluntad de mantener relaciones amistosas, vivir en buena vecindad y practicar en Marruecos una política de leal y franca colaboración.

Hecho en Burgos, en doble ejemplar, a veinticinco de febrero de mil novecientos treinta y nueve. — Firmado, JORDANA *y* LEÓN BERARD.

El Gobierno de «frente popular» que gobernaba en Francia en 1939, que era un Gobierno normal, elegido dentro de la *más pura democracia*, y en el que había socialistas, los mismos socialistas que hoy gobiernan a Francia (aunque por pintoresca paradoja democrática sean los socialistas la agrupación política importante que tuvo menos votos en las últimas elecciones), acordó con el del Generalísimo Franco «mantener relaciones amistosas, vivir en buena vecindad y practicar en Marruecos una política de leal y franca colaboración». ¿Dónde está la *lealtad* y la *franca colaboración* en el caso Abd-el-Krim? ¿Si se sienta el precedente de que lo que se firma y acuerda hoy, con todas las formalidades que hasta ahora fueron la máxima garantía de compromiso entre las naciones civilizadas, es mañana *papel mojado* o algo peor, qué sistemas de relación quedan en la vida internacional? ¿Qué confianza puede ya inspirar a ninguna nación un gobierno con tanta *sans-façon?*

Porque es que hay más. En el punto tercero del citado acuerdo Jordana-Berard se dice taxativamente:

Como consecuencia de la resolución por ellos adoptada de mantener relaciones de buena vecindad, los dos gobiernos se

comprometen a adoptar las medidas necesarias para una vigilancia estrecha, cada uno en su propio territorio, de toda actividad dirigida contra la tranquilidad o la seguridad del país vecino.

El Gobierno francés adoptará de modo especial las medidas necesarias para prohibir en la proximidad de la frontera toda acción de los españoles que sea contraria a la declaración anterior.

Y después de declaración tan explícita, la nación francesa, arbitrariamente e incluso con daño para sus propios intereses y sin que España hubiera dado motivo alguno en qué justificarlo, decide el cierre de las comunicaciones de todo orden con España, lo que, en punto al orden internacional, entraña gravísima responsabilidad; y de territorio francés, en contra de la letra y del espíritu de lo firmado, parten agresiones de núcleos importantes de fuerzas organizadas con el consentimiento y protección de sus autoridades gubernativas; se establecen centros y escuelas de terrorismo para infiltrarlas a través de la frontera, de las que hay públicas y numerosísimas pruebas; se mantienen efectivos de españoles rojos, a disculpa de trabajos forestales, en la proximidad de la propia frontera, y se falta absolutamente no sólo al protocolo libremente establecido, sino a los deberes más elementales de toda nación civilizada hacia su vecina.

¿Qué ha pretendido el Gobierno francés con esta desconsideración hacia España? ¿Tener una *arrogancia histórica* como si en serio fuese *uno de los grandes?* ¿Inferirnos una ofensa? ¡Pchs! Si es lo primero, es ridículo, y a quien infiere un daño ese Gobierno es a Francia; si es lo segundo, no ofende quien quiere, sino quien puede.

13 de febrero de 1947.

VII

BANDOLERISMO Y GUERRILLAS

El general Mac Millan, jefe de las fuerzas británicas en Palestina, ha manifestado hace unos días, en una alocución dirigida a sus oficiales: «La palabra *terrorista* será suprimida en el futuro del vocabulario del Ejército. En el futuro, los terroristas serán llamados asesinos, traidores y bandidos comunes. La palabra terrorista ha adquirido ahora cierto prestigio, aunque los hombres llamados así en Palestina son comparables a los *gangsters* de Chicago de hace una década. En otras palabras, por el uso constante de ese término para designarlos, los criminales miembros de la banda Stern y de la Irgun Zvai Laumi se consideran como una clase especial del pueblo investida de atribuciones especiales.»

A nuestro juicio, tiene razón el general Mac Millan, y creemos que su opinión será compartida por todos los ciudadanos británicos; pero nos gustaría saber qué piensa sobre esto el diputado laborista Noel Backer y ciertos corresponsales de la B. B. C. que tanta preocupación muestran constantemente por lo que ellos llaman «miembros de la resistencia» en España.

Si los judíos que llevan a cabo actos de violencia contra los

ingleses en Palestina, donde, a fin de cuentas, sólo ejerce Inglaterra una acción de protectorado, son considerados como asesinos, traidores y bandidos comunes, ¿por qué se califican de «guerrilleros», *maquisards* y «heroicos miembros de la resistencia» a los españoles que, alentados, instruídos y protegidos por otras potencias, llevan a cabo en España, en pleno territorio de indiscutible soberanía española, asesinatos, robos y actos de sabotaje contra las comunicaciones y fuentes de energía de la nación? Los guerrilleros españoles que a principios del pasado siglo hicieron la guerra a las tropas invasoras de Napoleón, como los *maquisards* franceses que dicen que combatieron a los alemanes en el suelo de Francia, como los hombres del desgraciado Mihailovich en Yugoeslavia, fueron combatientes, defensores de su nación, que hicieron una guerra irregular, pero guerra al fin, contra las tropas extranjeras que invadían el suelo de su patria, y merecen el reconocimiento de la misma, deben servir de ejemplo y su memoria debe ser glorificada; pero, ¿qué tiene que ver esto con los que realizan actos de terror en el territorio de su nación por cuenta del extranjero? Estos sí que son asesinos y bandidos comunes y más traidores que las bandas Stern e Irgun Zvai Laumi, puesto que atacan a su propia patria por cuenta de otros. Llamar a estos tipos guerrilleros, es ofensivo para nuestras gloriosas guerrillas de la guerra de la Independencia; denominarles *maquis,* es un snobismo ridículo, y calificarlos de delincuentes políticos, denota una manifiesta mala fe contra España. Se trata simple y llanamente de reos de delitos comunes, a los que la Justicia condena a las penas que los Códigos establecen para sus delitos.

Pues bien, cuando la Justicia española sanciona estos hechos las radios y la prensa del mundo vociferan contra nuestra *dura represión,* olvidándose *inocentemente* de señalar las que se están

llevando a cabo en Francia y Bélgica, por ejemplo, contra los llamados elementos colaboracionistas. Por lo que respecta a Bélgica, todos los días comenta su prensa los juicios y sentencias aplicadas a los llamados «incívicos». Al retirarse los alemanes del territorio belga fueron detenidas más de 60.000 personas, de las que hoy día hay 28.000 en prisión —de ellas 2.000 mujeres— y las demás en libertad vigilada. Los «campos de internamiento» de Sainte-Croix-Bruges, Vikings, Lokeren, Hemixen, Beverlov, la Chartreuse, Nimy, Dampremy, Merinos, Petit Chateau, Vilvorde y Louvain, cuestan anualmente al Estado belga 400 millones de francos. Los condenados lo han sido a trabajos forzados en las minas de carbón; y a fines del pasado año había unos 4.000 «incívicos» en los centros mineros de Zolder, Eysden, Winterslag, Beeringen y Watershai, y en esta fecha los Consejos de guerra habían pronunciado unas 3.000 penas de muerte. ¿Por qué no publica todos estos datos la prensa que se llama libre? ¿Es que su libertad no le sirve más que para calumniar villanamente a la nación española?

10 de marzo de 1947.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

VIII

«TOROS Y CAÑAS» EN LA CÁMARA FRANCESA

En el día de ayer, 11 de marzo, el Parlamento francés, constituído después de una gestación de cerca de dos años, durante los cuales los franceses han votado un montón de veces dentro de la más pura y ortodoxa teoría del *sufragio universal,* ha dado al mundo un espectáculo de valor inapreciable por lo *democrático* y enternecedor.

Se desarrollaba un debate sobre la cuestión de Indochina y, en un momento dado de su disertación, el diputado Pierre André, del partido republicano de la Libertad (el P. R. L.), que estaba en el uso de la palabra *consumiendo un turno en contra* de la política gubernamental, declaró: «La falta de interés que los comunistas muestran respecto a Indochina recuerda su postura análoga durante la pasada guerra. Nadie puede olvidar, en efecto, que entonces el Secretario general del partido comunista francés, André Thorez, desertó del Ejército francés y huyó a Moscú.» El aludido, que estaba presente como diputado y Vicepresidente del Gobierno nada menos, se puso en pie de un salto y lanzó al orador esta réplica lapidaria: «Cumplí órdenes del partido y fuí donde mi deber me ordenaba.» Entonces la seño-

rita diputado, o el diputado señorita, Denise Ginolin, prorrumpió en injurias *gruesas* contra el disertante, y excitada e insatisfecha con su desahogo verbal, saltó de su escaño y, pasando de las palabras a los hechos, propinó a M. Pierre André un par de sonoras y contundentes bofetadas. La democrática agresión de la amazona comunista, que se tomó la *liberté* de olvidarse de la *fraternité* para *zumbar* al orador en un plan de *egalité,* fué como el toque de «generala» en el salón de sesiones. Los diputados de los dos *grupos políticos en presencia,* empezaron a agredirse sañudamente en los pasillos y en el salón, y durante más de media hora, en que la sesión quedó suspendida, la Cámara francesa fué el Campo de Agramante.

Cuando los combatientes pudieron ser separados y se extinguió en el hemiciclo el eco de los *gros mots* con que los adversarios *se animaban,* M. Ramadier, Presidente del Gobierno, tomó la palabra para hacer un llamamiento de mesura a los señores diputados. «No debían olvidarse —les dijo— de su calidad de legisladores, que les obligaba a comportarse con más formalidad.» La sesión continuó, y el Presidente de la Cámara concedió al orador tres minutos nada más para que terminara su discurso. Fueron demasiados. No hizo más que empezar y el escándalo se reprodujo, en proporciones tales que Mr. Herriot no tuvo más remedio que levantar definitivamente la sesión.

La cosa tiene hasta gracia... para quien la vea desde fuera, pues no creemos que les habrá hecho ninguna a los franceses que amen de verdad a Francia, pero la frase de Thorez es digna de meditación. Cuando a un hombre joven y fuerte le acusan de que cuando su patria, regida por un Gobierno democrático, entró en guerra por su propia voluntad él desertó de las filas de su Ejército para huir al extranjero, este hombre responde, como supremo argumento y hasta con tono de orgullo: «Hice lo que

me ordenó mi partido y cumplí con mi deber.» ¿Con el deber respecto a quién, a la patria o al partido? Los partidos políticos, cuya existencia admite como tabú la teoría de la democracia inorgánica, ¿deben estar todos al servicio de la patria o pueden estar sobre la patria? Si un hombre está obligado por una disciplina *extranacional* a una obediencia que para él queda en plano superior al de los intereses e incluso al de la seguridad de su propia patria, ¿es lógico que rija desde el Gobierno los destinos de la misma? Y si la democracia inorgánica conduce, en su aplicación práctica, al disparate de que la suerte de una nación pueda ser puesta en manos de quienes tienen que obedecer a entidades extranacionales o a otras naciones, ¿cabe argumento de mayor fuerza para condenar el sistema? ¿Habría nadie lo suficientemente imbécil para encomendar la administración de sus bienes a un señor, sabiendo que el mismo está obligado a obedecer a un tercero, y que si éste le ordena que le arruine, lo arruinará sin remisión y con el orgullo de cumplir un deber? Pues tal es la situación de las naciones democráticas respecto a los partidos comunistas. Estos partidos obedecen a la U. R. S. S., pero se les deja gobernar si de las urnas, y de los enjuagues a que se prestan las leyes electorales, sale que tienen mayoría. El Gobierno soviético entiende y practica que otro partido que no sea el comunista no tiene nada que hacer en la U. R. S. S.; pero, ¡ah!, como una nación repudie al comunismo, en seguida es culpada de ser un *execrable* Estado totalitario.

Entre los muchos *slogan* estúpidos que hoy circulan por el mundo, está el de que esta guerra la han ganado las democracias y la han perdido los totalitarismos. Total y absolutamente falso; y vamos a demostrarlo con números. En 1939 había en Europa tres Estados totalitarios: Alemania, Italia y la U. R. S. S.;

los demás eran democráticos. Pues bien, después de la guerra Alemania ha sido aniquilada y hoy no es nada; es un país ocupado, sin gobierno y sin personalidad como nación; Finlandia, Letonia, Lituania, Estonia, Polonia, Checoeslovaquia, Yugoeslavia, Rumania y Bulgaria, nueve naciones, por lo menos, que eran democráticas, hoy son totalitarias. La U. R. S. S., totalitaria, es uno de los vencedores. Francia, vencida y libertada por los ejércitos anglosajones, tiene a los comunistas en el Poder; y en Italia Pietro Nenni acaba de declarar que «los principios en que se basan los regímenes de Rusia y Yugoeslavia serán, más pronto o más tarde, los que rijan también la sociedad italiana». Total: que si antes de la guerra había tres Estados totalitarios, después de la lucha hay diez *seguros* y tres *probables* (Francia, Italia y Hungría). ¿Dónde diablos está la victoria de las democracias? Por si esto fuera poco, los *totalitarismos* de anteguerra eran nacionales; los intereses de Italia, de Alemania y de la U. R. S. S. podían ser opuestos porque servían sus puntos de vista particulares y no estaban sometidos a una disciplina común. Italia y Alemania se unieron circunstancialmente, como se unieron Alemania y la U. R. S. S. cuando, en guerra la primera con Francia, el soldado francés Thorez recibió la orden de no combatir; pero luego vinieron a las manos. Hoy todos los totalitarismos existentes son regidos por la autoridad suprema de Moscú, y harán lo que ésta les mande frente a unas democracias debilitadas por la guerra y que no acaban de comprender que, si lucharon durante seis años por evitar las supuestas ambiciones de un Hitler, hoy están mucho más amenazadas por un Stalin.

¡Cuánto camelo, señores, en nombre de la libertad! Se nos dice que la O. N. U., Organización de las Naciones Unidas, es el medio infalible para asegurar la paz; que es un talismán

inestimable, algo así como la *penicilina* de la fraternidad universal, porque cualquier disgustillo que surja entre dos potencias lo resolverá la O. N. U. sin pasar a mayores. Pero con la O. N. U. ya en pleno funcionamiento, un día Francia hace una alianza con la U. R. S. S. ¿Contra quién? Nada se dice. Hace poco Francia hace otra alianza con Inglaterra; se protesta de la posible resurrección del cadáver de Alemania, y ahora se declara, en vísperas de la conferencia de Moscú, que la paz estará asegurada cuando Inglaterra, Estados Unidos, la U. R. S. S. y Francia hagan una alianza por cuarenta años. Y yo pregunto, ¿dónde está el peligro que exige esta alianza militar?; ¿hay alguien que en serio, con la mano sobre el corazón, confíe hoy la seguridad de su patria a la garantía de un papel con firmas? Y además, si O. N. U., ¿para qué alianzas?; y si alianza, ¿para qué O. N. U.? ¿Por qué ese empeño inmoderado de que la humanidad, en bloque y democráticamente, siente plaza de tonta?

12 de marzo de 1947.

BIBLIOTECA PÚBLICA TERUEL

IX

LA PREOCUPACIÓN NORTEAMERICANA

A raíz del discurso pronunciado por el Presidente Truman ante el Congreso de los Estados Unidos, los norteamericanos —a juzgar por lo que reflejan las crónicas periodísticas procedentes de los Estados Unidos— parecen haber «descubierto el Mediterráneo» del peligro comunista.

«La verdadera existencia de Grecia —dijo el Presidente— se ve hoy amenazada por las actividades terroristas de varios millares de hombres armados dirigidos por comunistas, quienes desafían la autoridad del Gobierno en diferentes puntos, de manera particular a lo largo de las fronteras del Norte.» ¿Quién da ese apoyo?; ¿quién arma y sostiene a esas gentes? Evidentemente, si de unos millares de griegos, sin más recursos que los propios, se tratase, esto no sería nunca un peligro para la nación griega. Su Ejército y sus posibilidades económicas no son muy grandes, pero siempre representarían medios superabundantes si de reprimir una revuelta interior se tratase. Si el peligro tiene las suficientes dimensiones para que Grecia no pueda tener más posibilidad de salvación que la ayuda de una gran potencia, es porque en definitiva quien ataca a Grecia,

aunque sea de una manera indirecta, es otra gran potencia. Truman no cita en su discurso a la U. R. S. S., pero señala los peligros que de ser absorbidas corren Grecia y Turquía, y agrega: «Las gentes de varios países del mundo han tenido recientemente regímenes totalitarios impuestos contra su voluntad. El Gobierno de los Estados Unidos ha protestado eficazmente contra la coacción e intimidación por violar el acuerdo de Yalta en Polonia, Rumania y Bulgaria; y en otros países han ocurrido hechos semejantes.»

Truman habló con toda la claridad compatible con las formas diplomáticas, pero su discurso, traducido al lenguaje del hombre de la calle, hubiera podido sintetizarse así: «La U. R. S. S. nos está toreando. No cumple sus acuerdos y va decidida a absorber al mundo entero como la dejemos. Ya se ha incorporado, desde un punto de vista práctico, a Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoeslovaquia, Rumania, Bulgaria, Yugoeslavia y Albania; pretende hacer lo mismo con Alemania; apoya y alimenta la insurrección comunista contra el Gobierno griego. Inglaterra no puede ayudar más a los griegos porque su situación económica no se lo permite. Si no lo hacemos nosotros, Grecia acabará siendo comunista, y el peligro se correrá a Turquía. Existe una O. N. U., que cuesta un ojo de la cara, que se constituyó para resolver estas situaciones, pero la realidad es que no sirve para nada. Ayudemos a Grecia por nuestra cuenta, y ¡a otra cosa! Y hagámoslo pronto, porque si no se pone coto al imperialismo soviético, el día que el viejo mundo sea una inmensa república socialista soviética regida por Moscú, los Estados Unidos estarán perdidos.»

Tal es, por desgracia, la situación. Lo que asombra es que esto se empiece a ver ahora. Los españoles —salvo las excepciones de insensatez que justifican la regla— lo tenemos visto

desde hace mucho tiempo, y si el mundo se salva de la terrible crisis porque está pasando, tendrá que hacernos, al fin, la justicia de haber señalado el riesgo con tiempo suficiente, para evitarlo con menos daños y menores sacrificios.

El 8 de octubre de 1944 decía el Caudillo a Mr. Churchill a través del duque de Alba, a la sazón su Embajador cerca de S. M. británica: «Porque no creemos en la buena fe de la Rusia comunista y conocemos el poder insidioso del bolchevismo, tenemos que considerar que la destrucción o debilitación de sus vecinos acrecentarán grandemente su ambición y su poder, haciendo más necesaria que nunca la inteligencia y comprensión del Occidente de Europa.» Entonces contestó Churchill que «el Gobierno de S. M. no estaba dispuesto a considerar ninguna agrupación de potencias en la Europa occidental, o en cualquier otro punto, basada en la hostilidad hacia nuestros aliados rusos o en la supuesta *necesidad de defensa contra ellos*». Esto lo decía Churchill, con gesto de horror y como si se tratase de dar réplica a la más disparatada de las sugerencias, a raíz de la carta del Caudillo; pero un año después, en el discurso de Fulton, decía: «Nadie sabe lo que la Rusia soviética y su organización comunista internacional piensan hacer en el futuro inmediato, ni cuáles son los límites, *si existen*, de sus tendencias de expansión»; y el 5 de junio del año pasado, en su discurso en los Comunes, reforzaba sus argumentos en orden al peligro del imperialismo soviético. Ahora es Truman quien, desde su alta magistratura de Jefe del Estado de la primera potencia del mundo, señala, a su vez, el peligro y propugna porque se conjure con urgencia. ¿Quién tenía razón? Si hace tres años se hubiera hecho caso a la advertencia de España, quizá otro gallo nos cantara ahora y fuese de mucho más fácil solución el problema que hoy tiene planteado el mundo.

En cambio, si los españoles llegamos a hacer caso al famoso consejo tripartito de hace justo un año e intentamos poner en práctica todas las barbaridades que se nos propusieron, a estas horas, o España estaría ya muerta y la hoz y el martillo campearían sobre la península ibérica y el Estrecho de Gibraltar, o habría, por lo menos, un problema en España, comparado con el cual el de Grecia no sería más que un juego de niños.

28 de marzo de 1947.

X

SIR SAMUEL «ECHA SU CUARTO A ESPADAS»

El ex Embajador de S. M. británica en España sir Samuel Hoare, vizconde de Templewood, continúa con su perra hispanofoba y no pierde ocasión de mojar su pluma en bilis para atacar a España y a su Caudillo, con un encono y una contumacia que tienen hasta gracia.

Con ocasión del envío a las Cortes españolas del proyecto de ley de Sucesión, el hermano Wéllington no ha querido dejar de «echar su cuarto a espadas» y ha publicado en el *Evening Standard* un articulito titulado «Franco coloca su trampa», en el que formula una pintoresca teoría y da consejos que nadie le ha pedido, perdiendo su tiempo en preocuparse de cuestiones que maldito lo que deben importarle, cuando tantos problemas británicos debieran ser la justificada causa de sus desvelos.

Para sir Samuel la ley de Sucesión es una trampa que el Caudillo de España ha tendido a don Juan de Borbón «al tratar de alistarlo en el régimen español». ¡Qué sagaz es el viejito! Esta apreciación tan aguda no se le podía ocurrir más que a sir Samuel, porque, como dijo de él Mr. Cartlton Hayes en su libro *Wartime mission in Spain,* sir Samuel es «un viejo reac-

cionario que no ha aprendido historia». Si supiera algo de historia, siquiera fuese de la historia de ayer, sabría que cuando el régimen español alumbraba con los dolores de una cruenta guerra, que nunca fué civil, sino de liberación o independencia, fué el infante don Juan de Borbón el que, al libre impulso de su sangre española y como hiciera antaño su homónimo el de Austria para acudir en defensa de Malta atacada por el Turco, se escapó de su residencia en el extranjero y se presentó en España, con boina roja y camisa azul, para reclamar un fusil en las filas de la juventud española. Nadie lo alistó, trató él de alistarse de su *motu proprio* con un rasgo que le honra, y fué el Caudillo de la Cruzada, el Capitán que en aquellos momentos libraba la gran batalla del ser o no ser de España, quien le hizo desistir de su noble intento, por entender, con previsión de gobernante ejemplar, que aquella vida juvenil podía ser preciosa para el futuro de España. Si sir Samuel supiese un poco de historia verdad o fuese menos aficionado a meterse en lo que no le importa, no daría resbalones tan fabulosos. ¿Qué trampa tiende a don Juan la ley de Sucesión? Por ella se le da con claridad meridiana la posibilidad de reinar sobre la España que salió de la victoria de Franco; sobre una España unida, católica, independiente de toda tutela extranjera; democrática, pero no liberal; anticomunista, pero eminentemente social; sobre una España que resucita del despojo de Utrech; en una palabra, sobre la España edificada sobre el heroísmo de millares de bravos y de mártires; por la que don Juan quiso luchar, primero como soldado en tierra, y luego como marino en la mar. La ley de Sucesión da la posibilidad a don Juan de continuar la historia de la Monarquía española, rescatada por la Cruzada; pero cierra total y definitivamente el camino a la acción extranjera a través del mangoneo de los políticos y de

las conjuras de las sectas; y en esto está el quid de los consejos de sir Samuel a los llamados monárquicos y la razón de las vociferaciones extranjeras contra España. Fuera quieren una España vasalla, y los españoles queremos una España libre; la conquistamos así, reanimando el cadáver que era nuestra patria en 1936, y no estamos dispuestos a que los males que a aquel estado la llevaron vuelvan a infectarla. Entre el mandato de nuestros muertos y los cantos de sirena del exterior, la elección no es dudosa, sir Samuel, para ningún español. Si alguna vez —que Dios no lo permita— las estupendas utopias que tratan de imponérsenos violentando nuestra soberana independencia, ponen a la Gran Bretaña en el trance en que se vió España en 1936, sir Samuel nos comprenderá ¡por fin! Entretanto preocúpese de que su patria no corra ese riesgo —que hay para preocuparse—, y no incurra en el error de por obsesionarse con lo que pasa en casa del vecino, no advertir que en la propia empieza a oler a chamusquina.

14 de abril de 1947.

XI

EL RENEGADO

The Observer del pasado día 20 ha publicado un artículo del señor Madariaga —que pueden leer todos aquellos de nuestros oyentes que conozcan el inglés, aunque ninguno lo conocerá tan a la perfección como el pedante ex Embajador de la Repúlica española en París— que pone en evidencia la condición de *renegado* de dicho señor; condición que es la más vil que puede recaer en persona humana.

«El régimen español —dice el señor Madariaga— es injurioso para España y para el Occidente liberal y democrático; para España, por razones evidentes; para el Occidente, por las siguientes: impide a España reunirse a las potencias del grupo occidental; impide a Occidente ayudar a España financieramente, y con ello sume a España en inquietud económica, provocando inquietud política; cría el comunismo, da a la U. R. S. S. motivos para tratar de dividir al partido laborista británico y pone al poder anglosajón en situación embarazosa, y por último, separa el corazón del pueblo español de las potencias occidentales precisamente en el momento que menos conviene a éstas.»

El argumento, como ustedes habrán podido apreciar en seguida, es una canallada en su intención; pero, además, una insigne estupidez en su fondo. ¿Es una injuria, nada menos, para España un régimen nacido del sacrificio heroico de tantos miles de españoles, que la redimió del vasallaje extranjero y puso fin al caos a que la había conducido la república del señor Madariaga, en la que las *libertades* eran tan *amplias* que desde el Gobierno se ordenaba el asesinato por la fuerza pública de los adversarios políticos? ¿No hay más inquietud económica y política en una Francia, una Italia y hasta en una Inglaterra, pese a esas fabulosas financiaciones de Occidente, que la que pueda haber en España, donde paso a paso, pagando al contado y con nuestro esfuerzo, vamos remediando males y abandonos pasados sin hipotecar ni una brizna de la soberanía nacional?

Nos cuesta comprender, por otra parte, cómo la pedantería del señor Madariaga le obstruye la razón, hasta el extremo de imaginar que haya nadie tan necio que pueda pensar en serio que el régimen español *cría el comunismo* y que donde no se cría es en una Francia o en una Italia en plena floración del encantador régimen liberal que tanto entusiasma al señor Madariaga. Ayer éramos un peligro para el mundo porque fabricábamos la *bomba atómica;* hoy porque *criamos al comunismo* y, ¡ah!, porque somos la causa de que haya líos en el seno del partido laborista británico y ponemos en situación embarazosa al poder anglosajón, lo que parece ser el *argumento Aquiles* para el *español* Madariaga.

Este entiende, sobre la base de tan sólidas razones, que el *problema* español excede de los límites nacionales, y aboga lisa y llanamente por la *intervención extranjera* en su patria. «El argumento usual para la no intervención —agrega— fué que no había alternativa para hacerse cargo de España en el

momento de la caída de Franco. Ahora tenemos una declaración —se refiere a la del conde de Barcelona en el mismo *The Observer*— que públicamente deposita en el Pretendiente todos los principios constitucionales y liberales que necesitan las potencias occidentales; además la solución monárquica liquidaría la guerra civil, ya que no representa ni a los vencedores ni a los vencidos en la misma.»

¡Misteriosa transmutación! El republicano señor Madariaga, cuya pluma injurió tan gravemente a S. M. Don Alfonso XIII, se nos ha convertido en un ferviente monárquico... liberal y democrático, que encuentra maravillosa *su solución monárquica* por cuanto sus principios constitucionales y liberales *son los que necesitan las potencias occidentales;* porque, claro está, los principios que España necesita le importan tres corchos al señor Madariaga, que dicen que piensa en francés y hace versos en inglés, pero que indudablemente no tiene ni idea de lo que es sentir en español.

Lo que el señor Madariaga quiere lo sabemos perfectamente, porque aunque no dispongamos de su agudeza política, los *españoles* estamos ya de vuelta de ciertos enjuagues. Se trata de la *monarquía puente* para abrir brecha en la unidad nacional, que luego se derroca en otro apoteósico 14 de abril, y ¡vuelta a empezar el ciclo 1931-39, que ahora sería la definitiva liquidación de España y la total dominación del comunismo en Europa! No se trata de liquidar una guerra que no fué civil, sino de liberación, y que quedó archiliquidada con una victoria indiscutible, sino de escamotear esa victoria y de hacer que los vencidos con las armas se conviertan en vencedores.

«Así, pues —termina el articulista—, queda libre el camino para deshacerse de un régimen totalitario que priva al Occidente de autoridad moral para hablar de libertad y democra-

cia. ¿Cómo? Cuando hay voluntad siempre hay un camino...» Sí, señor; no sabemos qué voluntad habrá en ese concepto inconcreto de Occidente, pero en España sí la hay: la más firme voluntad de no dejarnos arrebatar la victoria y de ser dignos de los que por ella cayeron, pase lo que pase y suceda lo que suceda. Nuestro camino, el camino de la dignidad y de la lealtad a la única España, está tomado con firme decisión de una vez y para siempre...

Usted, señor Madariaga, puede tomar el que como renegado español le corresponde. Que usted se divierta. Es un magnífico camino, jalonado de traiciones y bajezas, que conduce a los mismísimos infiernos.

26 de abril de 1947.

XII

SIR SAMUEL SIGUE PERDIENDO SU PRECIOSO TIEMPO

No es que tengamos especial complacencia en ocuparnos de las *cosas* que sobre España anda diciendo por ahí el pequeño Lord Templewood; es que vale la pena señalar lo que existe en el fondo de las insinuaciones y de los consejos de este grotesco personaje.

Sir Samuel entiende también que la acción internacional contra España ha sido hasta ahora, más que ineficaz, contraproducente.

«Es un desatino —ha dicho recientemente en la Asociación Conservadora de la Universidad de Oxford— amenazar a Franco desde la O. N. U. o desde el extranjero en general, sin que respaldando la amenaza esté la fuerza adecuada. Si la O. N. U. significa negocio, la única medida eficaz es el embargo de las exportaciones a España de petróleo, caucho y algodón; a menos que los países exportadores estén dispuestos a imponer tal embargo, lo más cuerdo es ignorar a Franco, tomándolo como un mal transitorio, sin hacerle advertencias de ninguna clase, que ha de explotar con toda la fuerza de su mecanismo de propaganda falangista.»

«El cambio, cuando se produzca —agregó—, habrá de salir de la propia España y no del exterior. Y comenzará con el hecho de que el Ejército, o una parte del Ejército, se vuelva contra Franco. Los españoles tienen tal temor a otra guerra civil que soportarán cualquier Gobierno que les proteja contra ella. Por ello las amenazas de los revolucionarios de fuera de España sólo sirven para afirmar a Franco. Mi consejo es: ignorar a Franco; tratarlo como a uno de los «generalitos» que surgen en la política española y luego desaparecen, y prestar completo y cordial apoyo a un régimen verdaderamente constitucional que le sustituya. Yo creo que después del fracaso de muchos gobiernos izquierdistas entre 1931 y 1936, el mejor medio para la reconciliación de viejas enemistades y para la reconstrucción del país sería una monarquía constitucional.»

A poco que se medite sobre estos conceptos, no sabe uno de qué asombrarse más, si de la maldad o de la idiotez de este «enano de la venta».

Sir Samuel aconseja lisa y llanamente la puñalada por la espalda a España. Nada de amenazas ineficaces que pongan en guardia el sentimiento de independencia de los españoles. O rendirlos por hambre cortándoles las importaciones —que ellos pagan a buen precio con su trabajo y que necesitan para su vida—, o la conjura en el misterio «prestando completo y cordial apoyo» a la implantación de una monarquía constitucional, que es lo que le interesa a sir Samuel, para convertir a España en un Estado vasallo. ¿Está la cosa clara?

Pues igualmente claro está que la estulticia del pequeño y venenoso lord corre parejas con su aviesa intención. ¿Para qué le sirvió a un hombre tan sagaz los años que pasó en España? ¿Qué concepto tiene ese señor de lo que somos los españoles? ¿Con qué derecho, además, injuria a nuestro Ejército, conside-

rándole capaz de una traición a España y al hombre que le condujo a la victoria? ¿Cómo puede suponer siquiera ese regocijante comprimido de vanidad que las juventudes de España, a las que él un día saludó, pelotillero, brazo en alto, pueden ser traidoras a sus muertos?

Ignórenos si quiere, sir Samuel, que nada nos puede ser más desagradable que el recuerdo de un hombre que corresponde a la noble hospitalidad de un pueblo hidalgo en la forma que lo viene haciendo en todos sus escritos y discursos, pero no nos haga sentar plaza de tontos. No, sir Samuel, tontos no. Conocemos perfectamente sus intenciones y... nos reímos de ellas a mandíbula batiente. Con España no se juega. ¡Figúrese usted si ahora, cuando los cipayos empiezan a manifestar que ya están hartos de ser *cipayos*, un pueblo tan grande como el español va a consentir en que lo manejen los extranjeros. Despreocúpese totalmente de lo que más conviene a la reconstrucción de España y a lo que usted llama «reconciliación de viejas enemistades». De eso, que sólo a los españoles interesa, ya nos cuidaremos nosotros. Si se hubiera usted preocupado de hablar a los señores de la Asociación Conservadora de la Universidad de Oxford de lo que hace falta hacer para reconstruir a la Gran Bretaña, en la que tanto hay que hacer, ni usted hubiera perdido su tiempo, ni se lo hubiera hecho perder a ellos.

12 de mayo de 1947.

BIBLIOTECA PUBLICA - TERUEL

XIII

SALPICADURAS DE TRAIDORES

Las ideas geniales, cuando son *excesivamente geniales* y están, además, inspiradas por la pasión, tienen la propiedad de parecer a los pobres mortales insignes tonterías. Y lo son la mayor parte de las veces.

Tal sucede con las cosas que se saca de la cabeza el señor Madariaga.

El señor Madariaga, masón, escritor, político, políglota, ex Embajador de la República española en Francia, y un hombre tan listo, tan listo que ni cree en Dios, ha manifestado recientemente en un artículo titulado «El hombre enfermo de Europa», que ha publicado el *Manchester Guardian:* «La única nación que cobra dividendos políticos del régimen de Franco es la Unión Soviética. Mientras dure Franco la Unión Soviética tendrá en la mano un excelente palo para castigar a Gran Bretaña y a Estados Unidos y una excelente palanca para escindir la opinión laborista.»

¡Genial! Los hombres de Estado de todas las naciones, que andan de la ceca a la meca con notas, planes y discusiones para tratar de resolver el arduo problema de que el mundo pueda

vivir sin que se lo meriende el imperialismo soviético, están en la higuera. El único que ve claro es el señor Madariaga. Suprímase el régimen de Franco y gobiernen en España el señor Madariaga y sus hermanitos, y quedarán resueltas como por arte de magia todas las cuestiones que al mundo aquejan. Stalin, sin más, dejará de apalear a Gran Bretaña y a los Estados Unidos —no sabíamos que el Zar rojo estuviese dando azotainas a sus aliados de ayer, ni creemos que les haya hecho mucha gracia a los lectores del *Manchester Guardian* este agrio concepto del señor Madariaga— y en el seno del partido laborista reinará una fraternidad enternecedora. Suprimido el régimen de Franco árabes y judíos se abrazarán con entusiasmo; Tito y el rey de los griegos se cambiarán ramos de flores; Polonia, Estonia, Lituania, Letonia, Rumania, Checoeslovaquia, etc., volverán a ser Estados libres y soberanos; se acabarán los líos en Francia y en Italia; la China será un Edén y en el mundo entero reinara la felicidad.

Hace falta ser todo lo cretino que es el señor Madariaga y tener el pobre concepto que él tiene de la inteligencia de los demás, para pretender, a base de teoría tan disparatada, el justificar la intervención extranjera en España.

Porque ya lo saben los españoles, el señor Madariaga entiende que España debe ser atacada por los extranjeros económica o militarmente, y a ello les incita con el mayor descaro. «Una cosa es segura —dice—, que si los Estados Unidos y la Gran Bretaña desean verdaderamente que España sea libre —libre en el concepto del traidor señor Madariaga— a su disposición tienen los medios de poner en práctica su deseo.» ¿Qué medios son éstos? ¿El bloqueo de las importaciones, como indicaba el otro día el pequeño sir Samuel? ¿La invasión con las armas en la mano?

El señor Madariaga hace en su artículo otras declaraciones no menos interesantes. «Han estado celebrándose —dice— conversaciones entre monárquicos e izquierdistas con miras a la unión contra el presente régimen de todas las fuerzas no totalitarias. El Gabinete Llopis se creó precisamente para fomentar esas negociaciones. La actitud de los exilados españoles es sana y moderada, y es posible la solución.»

Creemos que no cabe manifestación más terminante de la realidad de una conjura, ya denunciada a los españoles hace varias semanas. ¿Quiénes son esos monárquicos que se pasan al enemigo y pretenden la unión con los rojos? A ver, ¿quiénes son? ¡Que den un paso al frente! Y que den su opinión sobre estos contubernios las masas que acaban de aclamar al Caudillo, enardecidas de entusiasmo, en todos los pueblos de la huerta valenciana. ¿Por qué no viene aquí el señor Madariaga a decir a esas masas de obreros y campesinos —que creemos que «son el pueblo»— que España está hambrienta y dominada por una Gestapo y que los extranjeros deben *liberarla* embargando el fertilizante para sus campos, la gasolina para sus transportes y el algodón para sus fábricas? ¡Naturalmente que no lo hará! El traidor ataca a su patria desde la sombra, emboscado en la protección del extranjero que le paga. Además, estos grotescos personajes que no creen en Dios, suelen tener un desmedido amor a su miserable pellejo.

16 de mayo de 1947.

BIBLIOTECA PUBLICA · TERUEL

XIV

LAS PARADOJAS DE SIR SAMUEL

Hace unos días que en la Cámara de los Lores se debatió el «caso de Hungría». Se trataba de considerar y de censurar duramente la intromisión de la U. R. S. S. en las cuestiones internas de Hungría.

Lord Templewood tomó parte en el debate, y declaró que si los rusos se negaban a aceptar la propuesta de constituir una comisión tripartita para investigar los acontecimientos de Hungría, Inglaterra debería secundar la iniciativa del Gobierno norteamericano de plantear la cuestión ante la O. N. U.; y después de señalar tan rápido y eficaz remedio contra el manotazo imperialista de Stalin, nuestro viejo amigo sir Samuel, agarrando la ocasión por los cabellos, manifestó que «Europa está observando atentamente si Inglaterra y los Estados Unidos pueden ayudar al pueblo español a liberarse del despotismo de Franco y permitir a España que vuelva a ocupar el puesto que la corresponde en la comunidad internacional». «La situación de España —agregó, según palabras textuales de la Agencia Reuter, que nosotros no le oímos— es extraordinariamente insatisfactoria. Lejos de evolucionar hacia lo mejor, empeora constante-

mente. Franco se presenta como el campeón contra la guerra civil y el comunismo, y mientras su régimen ocupe el Poder no podrá ser conjurada la amenaza de una guerra civil en España, ni se alejará el peligro de que el comunismo pueda arraigar en aquel país.» Y al final sentenció —con sospechosa coincidencia con el señor Madariaga— que «la única manera posible de poder derrocar a Franco y acabar con su régimen, sería embargar los envíos de petróleo, carbón y caucho a España».

Todo en este mundo, sir Samuel, es cuestión de punto de vista. Usted anhela, con una ansiedad desorbitada e incomprensible ante los problemas que debieran absorber toda la atención que le exige su responsabilidad de miembro de la Cámara de los Lores, que España vuelva a ocupar el *puesto que le corresponde* en la comunidad internacional, porque usted entiende que ese puesto es el de *cipayo*, y los españoles entendemos que el puesto de nuestra patria en el mundo es, por lo menos, el de una nación libre y soberana que no tiene por qué atender a consejos, indicaciones ni impertinencias de ningún extranjero. Por esta causa, cuando usted dice que hay que liberar al pueblo español del despotismo de Franco, ese pueblo español que, gracias a Dios y a los merecimientos de millares de mártires, se ha descubierto a sí mismo, aclama a su Caudillo en todas partes en gigantescas manifestaciones de adhesión y de entusiasmo. ¿No sabe, sir Samuel, lo que ha pasado en Valencia, en Palma, en Barcelona, en todos los pueblos catalanes y últimamente en Madrid, con ocasión de la visita de la esposa del Presidente de la República Argentina? Pues pregunte a los corresponsales británicos, que lo han podido ver todo con la más absoluta libertad, y que le digan la verdad..., aunque sea en secreto y a usted sólo.

Si sir Samuel nos dice que la situación de España es *extraor-*

dinariamente insatisfactoria, nos da la gran noticia. Por si es extraordinariamente insatisfactoria para él, es porque es extraordinariamente satisfactoria para nosotros. Cuestión de puntos de vista, sir Samuel. Relatividad; pura relatividad.

En cuanto a la teoría de que hay que evitar el peligro comunista en un país derribando a un régimen que es el único que mantiene en el mundo gallardamente, a la española, una actitud decididamente anticomunista y que nació de tres años de guerra contra el comunismo internacional, no creo que haya nadie que la tome en serio, y sería mejor para sir Samuel que no siguiera al señor Madariaga en sus grotescas paradojas. Decir a un abstemio que está en franco peligro de alcoholismo, y que para evitarlo debe injerir coñac como un cosaco, no es serio, y menos en boca de todo un miembro de la Cámara de los Lores.

Y lo que no es serio tampoco, sino algo peor, es que cuando se censura, y con razón, que la U. R. S. S. haya provocado y apoyado un golpe de Estado en Hungría, para implantar allá el comunismo contra la opinión de la mayoría de la población magiar, se propugnen al mismo tiempo medidas de agresión, equivalentes a una declaración de guerra, para derribar del poder a un hombre que ha salvado la independencia de su patria y es hoy el ídolo de su pueblo.

Y que conste que esta réplica no la hacemos para los españoles, porque los españoles estamos ya de vuelta de todo y no nos impresiona nada, sino por los ingleses. El pueblo inglés ha sido siempre un pueblo serio y sir Samuel le está haciendo un flaco servicio.

18 de junio de 1947.

XV

DON PRUDENCIO Y EL REFERÉNDUM

Hace cosa de un año les referí a ustedes una conversación que tuve con mi viejo amigo don Prudencio García (1).

Entonces el bueno de Don Prudencio vivía la angustiosa preocupación de qué saldría de aquel famoso Subcomité de la O. N. U. encargado de aportar las pruebas de nuestra peligrosidad para la paz del mundo, y el buen señor se devanaba los sesos para encontrar fórmulas de *apaciguamiento*. Cuestión de temperamento y de ambiente. Don Prudencio, hombre sin arraigadas convicciones, pese a la heroica muerte de sus dos hijos varones en la Cruzada, sólo anhela su tranquilidad a cualquier precio. Como ya es viejo y no trabaja —en realidad, Don Prudencio no trabajó nunca, pues siempre vivió de las pingües rentas de sus fincas de Valladolid, hoy considerablemente revalorizadas—, todas su horas están dedicadas a correr de peña en peña por casinos y cafés, a leer periódicos extranjeros, que Don Prudencio busca siempre con ansia, y a oír las radios. Y el pobre

---

(1) Ver *Las tribulaciones de Don Prudencio.*

viejo se lleva unos sustos terribles; todo lo que oye o lee le impresiona; los bulos más disparatados hacen brecha en su tranquilidad, y su ánimo pasa del optimismo a la angustia, según *lo que se dice por ahí,* como el corcho en la mar sigue en sus movimientos el ciclo de la marea.

Ahora anda de cabeza con lo del *referéndum*. Lo noté en seguida el otro día, porque en cuanto empezamos a hablar comprendí que andaba a la caza de *ambiente* y que no tenía formado su criterio.

—Esto del *referéndum* es una cosa muy grave —me aseguró campanudamente—, y hay que meditar muy seriamente lo que la responsabilidad de cada cual como ciudadano exige. Como usted sabe, yo hablo con muchas gentes de distinta condición social e ideología, y oigo opiniones muy diversas. El problema es complejo, porque una cosa que no podemos perder de vista es lo que de nosotros se piensa fuera. Hay aquí un sector que propugna por la *abstención*...

—Sí, los comunistas, que no atreviéndose a votar que NO en una Ley que asegura la permanencia de los principios de un Movimiento fundamentalmente anticomunista por temor a las represalias que ellos practicarían en el caso del Gobierno —«cree el ladrón que todos son de su condición»—, prefieren no votar. Esta dicen que es la consigna de la *Pasionaria*.

—No; no son sólo los comunistas. Un conocido prócer que, evidentemente, nada tiene de comunista aconseja también la *abstención* a sus amigos. Esto lo dice por ahí todo el mundo, y yo sé de gentes que piensan irse al campo el día 6.

—Seguramente serán las que adoptaron la misma elegante postura en abril de 1931, y luego se encontraron con la horma de su zapato... y con los *asentados* en sus fincas. ¿Recuerda, Don Prudencio, los berrinches que se llevó usted entonces?

—Le advierto a usted que mucha gente sostiene que el referéndum está tan ganado por el Gobierno, que lo mismo da votar que no...

—¡Pero, Don Prudencio! ¿No comprende usted que eso son consignas del enemigo? Eso son *trabajos al oído* de la Masonería, la encarnizada enemiga de la España por la que murieron sus dos hijos. ¡No sea usted cándido! ¿No ha oído decir también que el Gobierno ha arruinado a la nación para obsequiar a la esposa del general Perón y que el trigo que recibimos de la Argentina está apolillado? Esto lo han dicho también las radios y los periódicos extranjeros pagados por nuestros enemigos... ¡Miserable estupidez! Ponga usted una cifra, disparatada si quiere, como conjunto de todos los gastos hechos en el recibimiento de la ilustre dama argentina. ¿Veinte millones? Pues aunque así fuera, tocamos a menos de una peseta por español. ¿Y qué español, por humilde que sea, no se hubiera gastado mucho más en flores para obsequiar a una señora que visita nuestra patria y que, además, es la esposa de un hombre que cuando el mundo entero nos atacaba con la más inicua de las injusticias tuvo la hidalguía de declarar que *amaba a España porque amaba la verdad?* El español es señor y, como bien nacido, agradecido.

Discurra usted por usted mismo, Don Prudencio, y no se deje impresionar por el veneno por ahí vertido por los asesinos, directos o indirectos, de sus hijos. *Hay que votar*. El votar es un deber ciudadano, como el vacunarse contra la viruela o pagar las contribuciones. La *abstención,* como comodidad que se disculpa en que un voto menos no ha de influir en un resultado que será clamoroso, pues bien ha demostrado en todo momento el pueblo español cuál es su sentimiento, es una majadería, porque como no hay ciudadanos de primera ni de segunda, si

todos hicieran lo mismo no votaría nadie, y el éxito sería del enemigo.

La *abstención*, como táctica y como elegante postura política, es, primero, una *grosería*, y luego una actitud nada gallarda... Cuando a uno le preguntan una cosa, *grosería* es no contestar. Y si quien pregunta es nada menos que un hombre a quien España debe el seguir siendo España, con todo lo glorioso que esta palabra encierra, la *grosería* es incalificable por muy prócer que sea quien la propugne. Además, como táctica, la abstención es la táctica de Poncio Pilatos o de Beltrán Duguesclin: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor.» Señor que, en este caso, no se dan cuenta que sería don Pepe Stalin. Si la ley de Sucesión parece mal, ¡téngase la gallardía de decir NO, y afróntese esta responsabilidad ante la propia conciencia! Eso de *lavarse las manos* yéndose a merendar al campo, en una cuestión que afecta tan directamente al porvenir de España, es impropio de españoles... y, desde luego, todo, menos elegante.

—Entonces, ¿usted cree que se debe votar?

—¡Sin la menor duda, Don Prudencio de mis pecados! Hay que votar hombres y mujeres, y votar que sí; pero no porque yo se lo diga, sino porque usted mismo, razonando con objetividad y nada más que con sentido común, va a llegar a la misma conclusión. Vamos a ver, ¿a quién beneficia el fracaso del referéndum?; ¿quiénes son los que en el mundo desean que resulte adversa al Gobierno la votación del próximo día 6? En primer término, el comunismo internacional que dirige Stalin Khan, porque para sus fines de dominar el universo necesita un Estado vasallo, y por ende comunista, en la península ibérica, y un NO a la ley de Sucesión abriría amplios horizontes a su «desiderátum»; ¿quiere usted darle esa satisfacción a Stalin, cuyos esbirros asesinaron en Paracuellos de Jarama al más

pequeño de sus hijos y cuyas brigadas internacionales era contra las que se batía el mayor cuando una bala segó su espléndida juventud en la batalla del Ebro?

—Hombre, no...

—¿Lo ve usted? Pues sigamos razonando. La Masonería, en su doble aspecto de enemiga encarnizada de la Iglesia católica y de instrumento de dominio político en el gobierno de las naciones en beneficio de los intereses de los poderosos, quiere también que salga que NO en el referéndum. ¿Le parecería a usted bien que sus nietos se educasen el día de mañana en el laicismo; que los gobernantes de España fuesen unas marionetas movidas por misteriosos hilos desde el exterior, y que nuestra nación, por cuya independencia tantos millares de hombres dieron su sangre, se convirtiera en un pueblo de *cipayos*... de los de antes, que los de ahora empiezan a querer dejar de serlo?

Pero hay más. El capitalismo internacional, instrumento también de dominio del mundo, con menoscabo de la soberanía de los pueblos, cerril y anticristiano en su explotación de las masas humildes de los trabajadores, también desea que el referéndum sea negativo. ¡Ese Fuero del Trabajo que la ley de Sucesión instituye como Ley fundamental! ¡Esa participación de los obreros en los beneficios...! ¿Quiere usted, Don Prudencio, que un régimen social injusto y anticristiano siga justificando la lucha de clases y ver a su patria sojuzgada en lo económico, lo que es tan grave como el vasallaje político?

Pues bien, si los *fascismos internacionales:* Comunismo, Masonería y Capitalismo internacional, quieren que en el referéndum salga NO, porque la ley de Sucesión impide que sus tentáculos puedan aprisionar a España, quienes deseen que su patria siga siendo *libre* y no merecer la maldición de cuantos a través de los siglos cayeron por la sagrada causa de nues-

tra libertad, deben votar resuelta y entusiásticamente que sí. Lo contrario sería hacerse acreedores a un cencerro en esta vida y... al Infierno en la otra.

Y don Prudencio se despidió muy pensativo, prometiéndome que volveríamos a hablar... Ya les contaré a ustedes...

30 de junio de 1947.

XVI

DON PRUDENCIO Y EL «PROBLEMA ECONÓMICO»

A don Prudencio García se le podía ahogar con un pelo la otra noche. La preocupación por el *problema económico de España* le tenía angustiado. Según me confesó, acababa de hablar con un señor «muy entendido en cuestiones económicas», y sus doctas conclusiones habían sumido al pobre viejo en el más negro de los pesimismos.

—El éxito del referéndum, por clamoroso que sea —me dijo—, no nos servirá para nada. Ese señor tan competente en cuestiones financieras de que le hablo, me aseguró que el paso será inútil, porque la actitud del extranjero no cambiará; no podremos lograr créditos, y sin ellos nuestra situación será insostenible. Ya ve usted, dicen que nos excluyen del plan Marshall.

—No sé yo que el Gobierno español haya hecho la menor indicación de ser tenido en cuenta en un pleito entre vencedores y vencidos. Negar una ayuda que no se pide, siempre es una cosa pintoresca. Esas cosas las corren por ahí los enemigos para impresionar a la gente, y a fe que en usted lo logran, Don Prudencio—, le respondí sonriendo.

—No se ría usted. La cosa no tiene ninguna gracia—, dijo un poco amoscado al ver que no me ponía en sintonía con su pesimismo.

—Perdone usted, Don Prudencio, y no se incomode. Sus hijos, si vivieran, también se reirían al ver su candidez. Está usted siendo víctima de la propaganda enemiga contra el referéndum. Uno de los *slogan* que corren por ahí, con la aviesa intención de abatir a las gentes, es eso de que el extranjero no acepta nuestro régimen; que mientras subsista no nos dará créditos, y que sin ellos no podremos vivir. Y ¿qué quiere usted?, ¿que nos acoquinemos y nos entreguemos a esos señores que se arrogan la representación del mundo? En esto de la famosa cuestión de los créditos, la explicación más clara y más categórica la tiene usted en la respuesta dada por el Caudillo a una de las preguntas hechas por Mr. W. Virgil Pinckley, Vicepresidente de la Agencia United Press, en la última *interviú* que ha publicado la prensa española del pasado día 27.

Mire usted —dije leyéndole un periódico que a mano tenía—. El periodista norteamericano preguntó: «¿Necesita España empréstitos, y en tal caso, de qué tipo: fiscales, primeras materias, maquinaria, productos elaborados?» Y el Caudillo respondió:

«Cuando un país encuentra la asistencia de los otros en empréstitos o colaboraciones financieras nobles y equitativas, alcanza antes el resurgir y el equilibrio; cuando tiene que hacerlo con sus propios medios, a fuerza de economía, de trabajo y de sacrificios, la marcha es más lenta, pero evidentemente más meritoria por haber contribuído toda la nación con sus sacrificios de manera directa a su resurgimiento.

»Este es el caso de España, que habiendo satisfecho todas sus obligaciones e incluso las deudas del Estado anterior, que representaban importantes retrasos en su balance de pagos,

habiendo liquidado sus deudas exteriores y constituyendo la firma más solvente y la nación en que reina más paz y más estabilidad, no ha recibido todavía la menor colaboración del mundo de las finanzas internacionales. Sin duda, debe ser más negocio regalar los empréstitos a quienes no van a pagarlos, que facilitar los créditos normales a los buenos pagadores. En este camino, hasta ahora, poco tenemos que agradecer. España, por otra parte, lo que más necesita son maquinarias y utillaje, no dinero, o sea importación del fruto del trabajo de otros países, con facilidades de pago; facilidades que, por otra parte, no cambiaría por un solo átomo de su independencia y de su soberanía.»

¿Está la cosa clara? Por nada del mundo España dará un átomo de su independencia o de su soberanía.

Esté tranquilo, Don Prudencio, nadie perece por defender su dignidad. En cambio, si se claudica; si por un *plato de lentejas,* o más *haigas,* se da aquello por cuya defensa tantos dieron su vida, provocaríamos, y con razón, el desprecio de nuestros enemigos, y una vez *en barrena* por el camino de las claudicaciones, ¡sólo Dios sabe hasta dónde iríamos a parar!

El caso de España, Don Prudencio, es comparable al de la Trini, posible protagonista de no pocas novelas y comedias. La Trini es la muchacha virtuosa y linda, huérfana de padre, que sostiene con su trabajo a la madre enferma, a dos hermanitos niños aun y a su tío Jacobo, un zascandil y borrachón que nunca dió golpe y mató a disgustos a su hermano. La Trini trabaja en un taller durante el día y por las noches se desoja bordando para mejorar su jornal. Digna y formal, rechaza con firmeza las proposiciones *non sanctas* que la acosan. El señor Emeterio, el almacenista de carbones que, con sus estraperlos y su sistema métrico particular, *gana lo que quiere,* la mira con

tan buenos ojos como malas intenciones, y tiene su rival en don Leocadio, el asentador de pescado, que la ofrece el oro y el moro y está siempre dispuesto a convidar al sinvergonzón del tío Jacobo para ganarse su colaboración en la empresa de rendir la virtud de la Trini. Pero la Trini tiene vergüenza y prefiere vivir estrechamente de su trabajo. ¡Ya mejorarán los tiempos! «Esta Trini es una panoli —chismorrean las vecindonas—, con su palmito podría vivir como una reina si quisiera.» «Aquí *Doña Virtudes* —rezonga el frescales de su tío en días de penuria— nos va a convertir a todos en radiografías. ¡Será lila la niña!» Pero la niña no claudica. Sabe que si lo hiciera tendría de momento más de lo que sueña: trajes, joyas, una vida sin trabajo, su madre y sus hermanos bien atendidos y su tío satisfecho y sin atormentarla con sus agrias ironías; pero después... Después, una vez en la «pendiente fatal» de que habla el tango del Plata, ¿adónde iría a parar aquella casa?; ¿cuál sería su final?; ¿a qué clase de bajezas y de miserias no se vería obligada? ¡No! La Trini no claudicará. Si el amor viene a ella con el respeto y la consideración que su virtud merecen, ¡bien venido sea! Pero si no es así, ¡mil veces mejor la pobreza sin menoscabo de la dignidad!

España necesita utillaje para mejorar su economía aumentando su producción, y con ello dar mayor impulso a la mejora material de sus clases más necesitadas. Necesitamos producir más acero, más fertilizantes, disponer de mayores medios de transporte, etc., y para lograrlo tenemos que adquirir maquinaria en el extranjero. Mientras tengamos que comprarlas a tocateja con el fruto de nuestras exportaciones, el ritmo de nuestra mejora social será más lento que si un crédito nos permitiera acortar los plazos del montaje de las instalaciones precisas. Si este crédito se nos da sin exigencias que atenten a nuestra sobe-

ranía o a nuestra independencia, sino con amor y respeto, o por lo menos con respeto simplemente, bien venido sea. Nosotros pagaríamos, porque España siempre pagó. Pero si como contrapartida se nos exigen claudicaciones políticas y el sacrificio de un régimen que, sobre costarnos un millón de muertos, es el único capaz de mantener intangible la dignidad nacional, preferimos seguir el ejemplo de la Trini, pese a los gestos de horror de los que asumen el papel del tío Jacobo de nuestro cuento, con la seguridad de que, con más tiempo y mayores sacrificios, seremos capaces nosotros solos de levantar a España, poniendo si preciso fuera a los tíos Jacobo de patitas en la calle para que los sostenga don Leocadio, el asentador de pescado.

No hay problema económico, Don Prudencio; hay mala fe, y contra la mala fe no hay más camino seguro que la intransigencia y el desprecio. Mire usted lo que dice una noticia del día 30, procedente de Londres, transmitida por la United Press:

«El Ministro de Hacienda británico, Dalton, ha declarado hoy en la Cámara de los Comunes que los ingleses tendrán menos tabaco, menos gasolina, periódicos más pequeños, menos películas americanas, menos racionamiento y menos vestidos en los próximos doce meses. Añadió que para que Inglaterra pueda conservar los dólares que necesita para la adquisición de víveres, materias primas y maquinaria, se impone una austeridad mayor que hasta ahora.

»Dalton dijo que, a causa del alza del precio de los víveres y materias primas en todo el mundo y las limitadas disponibilidades de dólares en Inglaterra, el Gobierno se ve obligado a limitar sus importaciones de las zonas que no se rijan por la libra esterlina. Añadió que la escasez mundial obligará a limitar las importaciones de víveres en los próximos doce meses, y que por esta razón se reducirán las adquisiciones de artículos

no esenciales. Los abastecimientos en general serán reducidos y los periódicos no podrán publicar más de cuatro páginas. Actualmente los periódicos se publican, con seis páginas, tres veces por semana.»

¿Por qué no se la lee usted a ese señor tan entendido en cuestiones económicas que le ha proporcionado tan mal rato esta tarde?

3 de julio de 1947.

XVII

EL PLAN PRIETO

Don Inda, el gordinflón socialista español sobre cuya conciencia pesan tantos crímenes, ha hablado hace unos días desde una radio francesa, exponiendo las excelencias de una fórmula de su invención para derribar el régimen español.

«Los medios que yo propugno —ha dicho al sintetizar su idea— consisten en unificar todos los elementos antifranquistas de fuera y de dentro de España para ofrecer a las Naciones Unidas, en la próxima Asamblea de septiembre, la estructura de un Gobierno provisional, con amnistía y consulta electoral. No comprendo como nadie, desde las filas democráticas, puede repudiar esta solución.»

Vamos a prescindir de los antecedentes de Prieto, incluso de sus antecedentes penales, y analicemos fría y objetivamente su idea. ¿Pretende el cazurro *leader* socialista tomarle el pelo al mundo entero en un alarde sin par de desvergüenza o se ha vuelto rematadamente tonto?

El pasado 6 de julio el pueblo español, en sufragio universal, dió su aprobación al proyecto de ley de Sucesión. El 82 por 100 del censo electoral y el 93 de los votantes dieron su voto afirmativo a dicha Ley, en la que se establece que España se cons-

tituye en reino, que la Jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España don Francisco Franco Bahamonde, y en la que se dictan las normas por las que ha de reglarse su sucesión. El mundo entero sabe —aunque no lo confiese— con qué excepcional legalidad se llevaron a cabo las últimas elecciones españolas y el entusiasmo con que el pueblo español acudió a emitir su voto, después de haber oído a través de casi todas las radios del mundo la reiterada invitación a la abstención y la incitación insistente al desorden y al barullo. ¿No sabe don Inda lo que sabe todo el mundo? Ningún Gobierno de los que se llaman democráticos cuenta, ni con mucho, con una mayoría tan aplastante como la que tiene el Caudillo de España. Los *elementos antifranquistas* que piensa *unificar* Prieto son, por tanto, en su conjunto, una *exigua minoría* del pueblo español que cubre toda la variada gama de matices ideológicos, que va desde unos cuantos monárquicos encastillados en su cortesanía hasta los que siguen a la *Pasionaria,* pasando por los capitalistas de tipo internacional, los socialistas, los republicanos, los anarquistas y hasta los vulgares delincuentes comunes, que siempre están por su propia naturaleza frente al Gobierno en todas partes. ¿Cómo cree Prieto que puedan ser unificadas tendencias tan dispares? Y si para ponerse a tono con los tiempos el cazurro socialista prescinde de los comunistas, la exigua minoría entraría ya en el campo de lo homeopático, y no sería un *frente antifranquista,* sino una mínima parte del diminuto bloque contrario al Movimiento Nacional...

Pero admitamos, llegando a establecer las hipótesis más descabelladas, que esa unificación llegara a conseguirse. ¿Qué haría entonces el señor Prieto? El lo ha dicho: *ofrecería* a las Naciones Unidas la estructura de un Gobierno provisional. El señor Prieto diría a los señores de la O. N. U.: «De cada cien

españoles con derecho a voto, ochenta y dos son unos entusiastas del general Franco; ningún gobernante del mundo cuenta con una asistencia popular ni parecida, pero los disidentes, que somos unos cuantos piernas, que representamos una minoría escindida en potencia en cincuenta fracciones ideológicas, hemos logrado gracias a mi incomparable inteligencia *unificarnos*, y aquí nos tienen ustedes unificados y... a su disposición. Si llegásemos a gobernar en España, podrían ustedes hacer en ella mangas y capirotes; pero para que seamos Gobierno es preciso que ustedes nos impongan allá con las armas de sus ejércitos o con medidas que rindan por hambre a los españoles, porque éstos no quieren ni vernos. Piensen ustedes, señores de la O. N. U., que no hay nada tan democrático ni tan en consonancia con la Carta constitucional de este glorioso organismo internacional de tan probada eficacia como entrometerse en la política interna de una nación libre, para imponer en ella el Gobierno de una minoría, ridícula por la cantidad y calidad de sus componentes.» ¿Expondría así el señor Prieto su fórmula a la O. N. U? Seguramente no. Seguramente emplearía el mentiroso lenguaje que tan bien entienden aquellos señores, y hablaría de libertades, democracias, derechos humanos y patriotismo.

Lo que pretende Prieto es lisa y llanamente poner de acuerdo a la minoría contraria al Movimiento Nacional, para hacer el Judas y vender a España a los poderes internacionales, pero ni Prieto conoce ya a España, ni tiene la menor idea de lo que es el sentimiento de patria.

Esa ridícula declamación de sus deseos de que la tierra española cubra sus despojos, no nos conmueve. Para los huesos del que piensa *ofrecer* la patria al extranjero cualquier muladar es bueno.

14 de agosto de 1947.

XVIII

LA VERDAD

Hace unos días, exactamente el 29 del pasado mes, publicó la prensa unos interesantes fragmentos textuales de las cartas cambiadas entre Su Santidad y el Presidente de los Estados Unidos.

«Creo —decía en su carta a S. S. Pío XII el Presidente Truman— que la mayor necesidad en el mundo de hoy, fundamental para todo lo demás, es el renacimiento de la fe. Trato de estimular la renovada fe en la dignidad y en el valor de la persona humana en todos los países, con el fin de que los sagrados derechos individuales inherentes, en relación del individuo para con Dios y sus semejantes, sean respetados en todas las tierras. Debemos tener fe en el triunfo inevitable de la verdad y de la decencia; fe en que la Humanidad vivirá en libertad y no en las cadenas de la mentira, ni en las cadenas de la organización colectivista de sus vidas; fe en tal plenitud, que llene de energía a los hombres y mujeres de todas partes para construir con tenacidad un mejor orden social del mundo.»

Tiene mucha razón el Presidente Truman. Sin la victoria total, rotunda y definitiva de la *verdad* y de la *decencia*, el

mundo no tendría salvación, porque los humanos acabaríamos devorándonos unos a otros con mucha mayor voracidad que las fieras en la selva. Si el hombre se desprende de sus frenos morales no hay habitante de la jungla que lo supere en ferocidad. La *verdad* y la *decencia* —repitamos las palabras del Presidente de los Estados Unidos— nos son más indispensables, si cabe, que el objeto flotante en medio del naufragio. Por propio instinto de conservación debemos defender encarnizadamente la verdad; pero ¿qué defensa cabe de la verdad cuando un falso concepto de la libertad considera lícita la propagación de la mentira? Durante horas y horas en sesiones interminables, el Comité de Seguridad y la Asamblea General de la O. N. U. perdieron el pasado año su precioso tiempo oyendo acusaciones contra España de constituir un peligro para la paz del mundo, de fabricar bombas atómicas, de estar organizando un ejército de alemanes y de no sé cuántas cosas más. Estas acusaciones las hacían unos señores que asumían la representación de los Estados de su nacionalidad. Las mentiras y las calumnias eran evidentes y fácilmente comprobables. Todos sabían en el fondo de su conciencia que aquello era una mentira, una burda patraña; que se atentaba a la soberanía de un pueblo libre; que se quebrantaba con la inaudita intromisión la propia Carta constitucional de la Organización, y ¿qué se hizo? No sólo se nos infirió la injuria de citar a deponer contra su patria a un hombre como Giral, sino que se sancionó al régimen español con una condena, no por platónica e inoperante, menos vejatoria. ¿Dónde quedó la *verdad* en aquella ocasión?; ¿qué sanción sufrieron los que, a sabiendas de todos, esgrimieron la mentira contra nuestra libertad de pueblo soberano? Y sabiendo todos, como lo sabían y lo saben, las intenciones imperialistas de dominar el mundo de la Rusia soviética, ¿por qué no tuvo nadie

la gallardía de declararlo cuando allí se hablaba de si la paz del mundo peligraba o no por causa del régimen español?

Si no se quiere que la Humanidad viva encadenada con la mentira forzoso será ser intransigente con ésta, sin olvidar que la verdad a medias, o la verdad que intencionadamente se silencia, no son sino manifestaciones de la mentira.

El 6 de julio el pueblo español, en la forma más pura y orgánica de la democracia, expresó su adhesión al régimen y al Caudillo de España. Todo el mundo, amigos, enemigos e indiferentes, tuvieron ocasión de comprobar por sí mismos la pureza del sufragio, el entusiasmo de las gentes y la aplastante mayoría que las urnas arrojaron; ¿por qué se ha silenciado esta *verdad* que todos los gobiernos y dirigentes políticos extranjeros conocen perfectamente? ¿A quién sirve este silencio, a la verdad o a la mentira? ¿Se sirve a la libertad del hombre de la calle cuando se le informa falsamente sobre lo que pasa en el mundo y cuando se le oculta lo que realmente pasa? La libertad de expresión, sin control sobre la veracidad de lo que se dice, ¿no es someter a las masas a la dictadura ideológica de los dueños de periódicos y emisoras de radio?

Nadie puede desear más que los españoles que la verdad se imponga en el mundo, pero mucho tienen que cambiar las cosas para que la Humanidad pueda emprender este único camino de salvación que tan certeramente señala Mr. Truman.

13 de septiembre de 1947.

BIBLIOTECA PUBLICA · TERUEL

XIX

LA U. R. S. S. ANTE LA O. N. U.

El señor Vichinsky, representante de la U. R. S. S. en la Asamblea General de las Naciones Unidas, debió dejar estupefactos a sus oyentes durante la sesión celebrada por la misma el pasado día 18. El Delegado soviético, cual Júpiter tonante, lanzó su anatema sobre todo aquello de lo que está sucediendo que disgusta a Moscú, argumentando, con un descaro inaudito, que todo ello constituyen flagrantes violaciones de los principios fundacionales de la O. N. U. ¿La proposición de Marshall sobre la constitución de un Comité interino de paz y seguridad?: una violación de la Carta de las Naciones Unidas. ¿La llamada «doctrina de Truman» y el «plan Marshall» de ayuda económica a Europa?: otras dos abyectas violaciones de la famosa Carta. La presencia de tropas británicas en Europa y de soldados norteamericanos en China; la negativa de la Argentina a retirar su Embajador de Madrid, desatendiendo así la inicua recomendación de la O. N. U. respecto a España; la actuación de Holanda en Indonesia; la negativa del Africa del Sur a presentar un acuerdo de fideicomiso para el suroeste de Africa, son también para el puritano demócrata bolchevique repugnantes aten-

tados contra la pureza constitucional de la O. N. U. ¿Pues y eso de acusar a los vecinos de Grecia de alimentar en ésta la guerra civil, atentando descaradamente a su soberanía de nación libre? ¿Cabe nada más arbitrario? ¿No sabe todo el mundo que los guerrilleros griegos son sólo griegos y sostienen desde hace un año una guerra sin ayuda de nadie, porque ellos se fabrican sus armas y sus municiones en las cuevas de las montañas que les sirven de refugio? ¿En qué cabeza cabe que estas armas las reciban de Albania, de Yugoeslavia o de Bulgaria, y menos que sea la U. R. S. S. la que bajo cuerda se las suministra? Todas estas cosas son infamias de las «naciones reaccionarias», que desean la guerra y hacen propaganda de la misma con el fin de atacar a inocentes «países democráticos» que sólo aman la paz.

Como resumen de su disertación, el viceministro soviético propuso a la Asamblea una resolución concebida, en síntesis, en los siguientes términos:

Que la O. N. U. condene la propaganda de guerra que ciertos «círculos reaccionarios» realizan, especialmente, en Estados Unidos, Grecia y Turquía, con la aviesa intención de atacar a esos pobrecitos «países democráticos» amantes de la paz, que se nos antoja son para Vichinsky: la U. R. S. S., Albania, Bulgaria, Yugoeslavia y Polonia (¡pobres inocentes!);

Que las Naciones Unidas consideren que la tolerancia de estas campañas de propaganda bélica es nada menos que la violación de las obligaciones asumidas por los miembros de la O. N. U., y

Que las Naciones Unidas reafirmen la necesidad de llevar a efecto cuanto antes las decisiones, de 14 de diciembre de 1946 y 24 de enero de 1947, sobre el desarme general y la prohibición de empleo de armas atómicas.

Claro está que en esta última parte Vichinsky no habló de

las garantías con que contarían las demás naciones de que la U. R. S. S. desarmaría si ellas fuesen tan ingenuas que lo hicieran.

Con menos palabras podría haber expresado el delegado soviético su pensamiento. Con decir: «Todo el que no haga lo que quiera Stalin es un miserable que merece que se le haga polvo, y si la O. N. U. no quiere incurrir en el desagrado de Rusia que se someta a nuestra voluntad»; le hubiera bastado, pues no hay otra idea en el fondo de su disertación.

Todo lo que conviene a los planes de Stalin para llegar a su *desiderátum* de esclavizar al mundo, es para los rusos lo justo, lo digno, lo correcto, lo pacífico y hasta lo democrático; y todo lo que, más o menos platónicamente, trate de oponerse a tal designio, ¡ah!, eso es lo reaccionario, lo innoble, lo criminal y lo antidemocrático, y con ello sólo se pretende desencadenar otra guerra mundial. ¿Es posible que con esta mentalidad pueda sacarse algo en limpio, para la verdadera tranquilidad del mundo, de esta Asamblea General de la O. N. U. que acaba de iniciarse?

Las recomendaciones contra España dictadas por la Asamblea General en el pasado mes de diciembre, fué una intromisión en «asuntos de la jurisdicción interna de un Estado», que prohibe clara y terminantemente el punto 7 del artículo 2.° del capítulo I de la Carta fundacional de la O. N. U., máxime si se tiene en cuenta que España no es miembro de la organización. Tamaño atropello, que la historia juzgará como merece, se cometió porque a la U. R. S. S. no le gusta el régimen español; porque no les gusta tampoco a los Estados vasallos de Moscú, y porque (¡debilidades que se pagan!) otros Estados no quisieron que la U. R. S. S. se enfadara. Pues bien, porque una nación como la Argentina entendió que dignamente no debía

atender a recomendaciones que encerraban una injusticia y una indignidad, ahora la U. R. S. S. ¡la acusa de violar los principios de la Carta fundacional de la O. N. U! ¿Cabe situación más disparatada en orden al sentido común? ¿Está clara la mala fe en que la U. R. S. S. inspira sus actos?

Que las gentes recuerden —porque se publicó —una carta que cierto Embajador enseñó a Mr. Churchill, en la que se decía: «Porque no creemos en la buena fe de la Rusia comunista y conocemos el poder insidioso del bolchevismo, tenemos que considerar que la destrucción o debilitamiento de sus vecinos acrecentarán grandemente su ambición y su poder, haciendo más necesaria que nunca la inteligencia y comprensión del occidente de Europa.» Esta carta estaba fechada el 8 de octubre de 1944. Hace tres años. No se hizo caso, y ahora... ¡han pasado tres años!, ¡se han perdido tres años!

19 de septiembre de 1947.

BIBLIOTECA PUBLICA · TERUEL

XX

LAS «COSAS» DEL SEÑOR LÓPEZ

El delegado de Colombia en la Asamblea General de las Naciones Unidas, doctor Alfonso López, suscitó el otro día, en una de las últimas sesiones de la magna Asamblea, el delicado y espinoso tema del *prestigio* de la O. N. U.

«Cuando consideremos de nuevo —dijo el ínclito doctor— la estructura de las Naciones Unidas, será bueno recordar que el prestigio de la organización ha ido decayendo progresivamente debido a la frecuencia con que los países europeos y americanos pasan por alto a la O. N. U e ignoran las recomendaciones de sus órganos principales cuando amenazan interferir o perjudicar sus políticas nacionales o sus deseos. Caso éste claramente demostrado en lo de España y Grecia.»

El señor López expuso después su criterio —según una información de United Press, fechada el 22 en Lake Success— «de que la *soberanía de las naciones debe quedar supeditada a la Carta de las Naciones Unidas,* el cumplimiento de la cual debe ser de la primordial consideración de los países asociados por encima de sus políticas nacionales».

¿Qué concepto tiene el señor López de la soberanía de la

República de Colombia, cuando le parece tan natural que las naciones supediten, sin limitación alguna, su soberanía a las decisiones de unos cuantos señores López? ¡Sorprendente teoría! El señor López no se dará cuenta seguramente, pero en el fondo es un *terrible López totalitario,* que por obra y gracia del vértigo, que sin duda le ha producido el cargo de que disfruta en la O. N. U., ha pasado sin transición de las ternuras de un *liberalismo trasnochado* a las ferocidades de un *fascismo internacional.* ¡Nada de libertades a los pueblos; nada de soberanías en los Estados! ¡Todos sometidos a la tiranía de un grupo de *Lópeces* de distintas nacionalidades, reunidos en Lake Success para sustituir a la Divina Providencia y dar al hombre la felicidad en este mundo!

¡Pobre y tremendo López! ¡Qué líos se arma! Si, como dice, los *países asociados* deben considerar como cuestión primordial el cumplimiento de la Carta de las Naciones Unidas, ¿por qué no lee con detenimiento la susodicha y manoseada Carta? Las Naciones Unidas se constituyeron con el fin de mantener la paz y de resolver pacíficamente los pleitos entre las naciones asociadas. ¿Qué conflictos ha resuelto la O. N. U. desde su fundación? En el punto 1.° del artículo 2.° del capítulo titulado «Propósitos y principios», se dice: «La Organización está basada en el principio de la igualdad soberana de todos sus miembros.» ¿Tiene Colombia, señor López, dentro de la Organización el mismo derecho al *democrático veto* que la U. R. S. S. o los Estados Unidos? ¿Pues dónde está esa *igualdad soberana?*

El punto 7.° del mismo artículo, dice: «Ninguna disposición de esta Carta autorizará a las Naciones Unidas a intervenir en los asuntos que son *esencialmente de la jurisdicción interna de los Estados,* ni obligará a los miembros a someter dichos asuntos a procedimiento de arreglo conforme a la presente Carta;

pero este principio no se opone a la aplicación de las medidas coercitivas prescritas en el capítulo VII.» Pues bien, aparte de que esto, como todo lo demás, no tiene fuerza de obligar más que a los Estados firmantes de la Carta, y España no lo es, resulta obvio que, salvo en casos de *quebrantamiento de una paz* o *actos de agresión* a que se refiere el citado capítulo VII, la O. N. U. no puede intervenir —porque lo prohibe su propia Carta constitucional— en cuestiones internas de ningún Estado, y menos, como es lógico, si éste no forma parte de la Organización.

La recomendación de la Asamblea General del pasado diciembre contra España fué, señor López, una vergonzosa violación de la Carta fundacional de la O. N. U., y si ésta se ha desprestigiado —que sí que lo está, y bien— no ha sido porque algunos Estados hayan rechazado dignamente una recomendación inicua, sino porque, sobre que la Organización ha demostrado una ineficacia total y absoluta en el cumplimiento de la misión que a sí misma se asignó, tiene su historia manchada ya para siempre con su torpe intromisión en el tan cacareado «caso de España». ¡El éxito que hubiera tenido, señor López, la O. N. U. de sus amores si hubiera logrado que en las naciones de hoy reinara el espíritu, la paz y el orden que existen en España, y si todas las formas de Gobierno que hoy las rigen hubieran tenido la aplastante mayoría del referéndum español del 6 de julio!

¡Si viera el señor López la gracia que nos hacen a los españoles sus arrogancias y la pena que nos inspira el mundo en cuya salud intervienen tantas manos como las del señor López!

27 de septiembre de 1947.

BIBLIOTECA PÚBLICA

XXI

LA VICTORIA DE LEPANTO

En las primeras horas de la mañana del 7 de octubre de 1571, la Armada de la Santa Liga, que por expresa designación de Su Santidad Pío V está mandada por don Juan de Austria, franquea el estrecho entre la isla Oxia y el Cabo Scrofa y se presenta en el golfo de Lepanto. Marcha en cabeza don Juan de Cardona con sus siete galeras de vanguardia; detrás las cuatro escuadras en que está dividida la flota; el *ala derecha,* a las órdenes de Juan Andrea Doria, con cincuenta galeras y dos galeazas; el centro o cuerpo de batalla, de sesenta y dos galeras y dos galeazas, bajo el mando directo del generalísimo de la Liga; el *ala izquierda,* compuesta de cincuenta y tres galeras y dos galeazas, que manda el almirante veneciano Agustín Barbarigo, y la *escuadra de reserva,* de treinta galeras, que se ha encomendado a la incomparable pericia del gran almirante don Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.

La decisión ha sido tomada cinco días antes por el joven generalísimo, cuando la armada se encuentra en el fondeadero de Gomeriza, próximo a la isla de Corfú. «Al amanecer —ha dicho don Juan de Austria a sus capitanes —nos haremos a la

mar. Mi idea es hacer una demostración frente a Lepanto para provocar una batalla con la flota turca. Si ésta no sale y permanece bajo la protección de los cañones de los fuertes, la bloquearemos desde Petala y montaremos el asalto a la plaza tan pronto arribe el tren de sitio embarcado en los galeones de don Carlos de Avalos.»

El 7 de octubre, cuando los cristianos llegan frente a Lepanto, se encuentran con que la flota turca abandona en aquel momento su base. Alí-Pachá, el almirante de Selim II, mal informado, cree que los cristianos están en Cefalonia en inferioridad de fuerzas, y se dirige a atacarlos con sus doscientas dos galeras y cuarenta y dos galeotas.

El encuentro tan deseado desde hace meses se produce al fin. Y cuando al medio día, bajo el impulso de millares de galeotes encadenados, cientos de galeras, unas bajo la enseña de la Santa Cruz y otras arbolando el estandarte del Profeta, se embisten sobre las tranquilas aguas del golfo de Lepanto, entre el brutal estruendo de cientos de cañones y miles de arcabuces, los alaridos salvajes de los jenízaros, invocaciones piadosas y blasfemias horrendas, vibrantes toques de clarín y apremiantes redobles de tambor, rodas que crujen y palamentas que saltan en astillas, la Civilización cristiana salva una de sus más angustiosas crisis. A las cinco de la tarde la flota de la Sublime Puerta, terror de la Cristiandad en el Mediterráneo, ha quedado totalmente aniquilada: ciento noventa galeras han sido apresadas; otras quince se han hundido incendiadas; 30.000 turcos han desaparecido en la mar; 8.000 han quedado cautivos, y 12.000 esclavos cristianos, que bogaban en las galeras de Selim II, han sido liberados por don Juan de Austria.

Hace cuatro siglos Europa, y con ella la Civilización cristiana, vivían bajo la terrible amenaza de *otro* grave peligro, pues

el siglo XVI fué, como el actual, testigo de una de las más graves crisis de la Cristiandad.

Cuando los hombres que nos sucedan escriban, pasados muchos años, sobre los acontecimientos que hoy vivimos, ¡qué semejanza tan sorprendente encontrarán entre estas dos épocas! Entonces, con galeras, picas y arcabuces, y hoy, con acorazados, aviones, «radar», televisión y «bombas atómicas», ¡qué similitud tan asombrosa, sin embargo, en el planteamiento humano del problema! De un lado, una mística bárbara y anticristiana, que esclaviza al hombre, con desprecio absoluto del alma de que es portador, bajo la firme unidad plasmada por el terror de una férrea autoridad tiránica; enfrente, la Cristiandad en eterna discordia interna, quebrada su unidad por celos, envidias y ambiciones. Frente a una mística brutal y falsa, la falta de una mística verdadera. Y entonces, como ahora, España, más poderosa ayer que hoy en el orden material, pero siempre llama inextinguible del catolicismo militante, blanco del odio del enemigo de su fe y objeto de los recelos, de las envidias y, sobre todo, de la incomprensión del resto de los Estados cristianos, tan amenazados, a fin de cuentas, por el peligro de Oriente como España misma. Ayer, el enemigo de la Cristiandad jugando en su provecho con la desunión entre los cristianos; hoy, el comunismo, aun más inhumano que antaño el Imperio turco, maniobrando todos los días, y a la vista de todos, con las desavenencias y celos de los *occidentales*.

¡Impresionante paralelismo! El 6 de agosto de 1552 San Ignacio de Loyola escribía a Carlos V: «Los turcos, no siendo belicosos por mar hasta agora, se comienzan a hacer prácticos y a cebarse y comenzar con lo poco que queda de la Cristiandad; a usar de la industria que usaron para ganar el Imperio de Constantinopla, ayudando a un príncipe para resistir y en-

tretenerse con el otro, y disgustarse el uno con el otro...» ¿No parece que San Ignacio está hablando de la astuta política internacional de la Rusia Soviética? En vísperas de la batalla de Lepanto, Alí-Pachá, el almirante de Selim II, decía a sus capitanes, reunidos en consejo a bordo de la galera *Sultana:* «Pensad también que nosotros, los hombres del Islam, lucharemos unidos hasta la muerte por la misma causa, mientras nuestros enemigos se odian entre ellos, como han confesado los prisioneros de Gomeriza.» ¿Acaso no podría dar Stalin las mismas razones a los miembros de su *Politburo* al arengarles en su lucha por la dominación del mundo?

En el siglo XVI, como en el presente, vemos a gran parte de la Europa oriental invadida y bajo el yugo del tirano de Oriente. Vemos los *quisling* en la figura de un Segismundo Zapolya, príncipe de Transilvania, que se hace luterano y acepta ser vasallo de Solimán, y en la de los reyezuelos berberiscos de Trípoli, Argel y Túnez; nos encontramos con las «quintas columnas», encarnadas en los moriscos de Granada, siempre dispuestas a la rebelión, bajo la instigación y el aliento del Turco, y con otras «quintas columnas» de luteranos y calvinistas, que sin afinidad religiosa con éste cooperan con él indirectamente al romper la indispensable unidad de la Cristiandad. En el siglo XVI se practica también la equivocada y poco gallarda táctica del *apaciguamiento* y del *egoísmo,* que ciega y llega hasta anular instinto tan elemental como el de la conservación. Y así vemos a un rey cristianísimo en vergonzosa alianza con Solimán, dando el escándalo de que las galeras de Provenza arríen el estandarte real —nada menos que la bandera de Nuestra Señora— para saludar a la flota del viejo Barbarroja a su llegada a Marsella; y a un Guillaume d'Aube, Embajador de Carlos IX de Francia, rendir pleito homenaje a Solimán el Mag-

nífico, cuando en 1566 éste invade Hungría con sus jenízaros. La Serenísima República de Venecia practica igualmente la misma lamentable táctica del *apaciguamiento,* para disfrutar egoístamente de una neutralidad que la consiente pingües ganancias en su tráfico marítimo. Durante treinta años no quiere saber nada de los ataques que sufre la Cristiandad en las costas de España e Italia, ni en el asalto de Malta, y sólo cuando el peligro la amenaza en su propia carne y Selim II pone sus ojos en Chipre, clama al santo Pío V por una Liga cristiana contra el Turco. Esta Liga la lleva a la victoria de Lepanto, que nunca hubiera existido sin don Juan de Austria y sin las galeras y los tercios de España; pero esta victoria no es óbice para que al año siguiente Venecia traicione a la Santa Liga y gestione secretamente, bajo los auspicios del Rey francés, la paz que firma con la Sublime Puerta el 15 de marzo de 1573.

No está, pues, fuera de lugar, y menos en este día de su 376 aniversario, sacar a colación la gloriosa jornada de Lepanto. La semejanza entre la época de aquella batalla y los tiempos que hoy vivimos justifican sobradamente el recuerdo histórico. La historia, fuente de enseñanzas, es también manantial de alientos y estímulos.

La victoria de Lepanto fué la victoria de Cristo —la victoria del *Cristo de Lepanto* que don Juan de Austria mandó clavar en el estanterol de su capitana durante la acción—; y esta victoria se edificó, bajo la inspiración de un Papa santo, sobre la prudencia de un Rey, que hizo de la defensa de la Cristiandad la espina dorsal de su política, y sobre la fe y el *espíritu de Cruzada* de un pueblo de guerreros que trescientos sesenta y cinco años después había de ser capaz de dar aún al mundo el impresionante espectáculo de un glorioso contingentes de millares de mártires.

No pretendemos mermar ni en un ápice la aportación material a la victoria de las ciento seis galeras y seis galeazas de Venecia, ni olvidar el valor admirable que sus hombres derrocharon en la memorable jornada del 7 de octubre de 1571, pero el *espíritu* de Lepanto fué, para gloria, orgullo y enseñanza nuestra, el espíritu católico y guerrero de España, que los agentes del Mal pretendieron inútilmente deformar y ensombrecer con la burda patraña de la *leyenda negra*.

Ahora, que Europa ya no es el mundo, como prácticamente sucedía en el siglo XVI, ¿no sería su suerte muy distinta si, como Felipe II pretendía, no se hubiese *balcanizado*, al romperse en pedazos la unidad de su Fe con la escisión de la Reforma? El Imperio español, un Imperio muy distinto a los materialistas que el mundo ha conocido después, se derrumbó tras lucha titánica; pero ahí están la América latina y las Islas Filipinas, como prueba gloriosa de cuál fué su calidad humana. ¿Qué quedará de los otros imperios que nos sucedieron en poderío natural cuando se produzca su fatal desgaje, ya en trance de comenzar?

Meditemos y, con confianza ciega en la santa causa de España, sepamos conservar el *espíritu de Lepanto*.

7 de octubre de 1947.

XXII

OTRO KOMINTERN Y NUEVOS DESVARÍOS DE LA LEYENDA NEGRA

Cuando el 22 de mayo de 1943 los órganos de información del mundo lanzaron a los cuatro vientos la noticia de que el Komintern —abreviatura del Komunistizesky International o Internacional Comunista o III Internacional— se había disuelto de *motu proprio*, apoyando esta decisión en argumento tan poco consistente como que tal forma de *organización de la clase obrera* no correspondía a las especiales circunstancias mundiales de aquel momento, sólo los muy ingenuos y los que tienen su medio ambiente natural en las copas de los cipreses, concedieron importancia y trascendencia a la noticia.

El Komintern, organización unificadora de todos los partidos comunistas del mundo, se había constituído en 1919 para luchar por el establecimiento de la dictadura universal del proletariado y por la creación de la Unión Universal de Repúblicas Socialistas Soviéticas, bajo la férrea dirección de Moscú. ¿Renunciaba la U. R. S. S. por propia iniciativa a su plan de dominar al mundo, seguido con perseverancia y tenacidad durante tantos años, precisamente cuando había logrado desencadenar la gue-

rra mundial que Lenín consideraba condición *sine qua non* para alcanzar el *desiderátum* comunista? Nada podía ser menos lógico. Se trataba simplemente de una añagaza para inspirar confianza a los hombres que podían volcar la ayuda económica e industrial anglosajona en los frentes, en las fábricas y en los almacenes de la U. R. S. S.; pero, sin embargo, algunos sesudos varones picaron en el anzuelo —o hicieron creer que picaban, lo que es más grave—, y la ayuda llegó a los Soviets sin tasa, sin control, sin correspondencia y con una generosidad de cuento de hadas.

Pasó después... todo lo que pasó, que huelga repetirlo, y los anglosajones, con una inconsciencia fabulosa, consintieron en la creación de la figura de delito de «colaboracionismo», mediante la cual los partidos comunistas de las naciones europeas invadidas por el Eje y *liberadas* a la derrota de éste, eliminaron toda posible reacción ante los designios soviéticos. So pretexto de «colaboracionismo» fueron quitados de en medio física o, por lo menos, políticamente, cuantos por cultura, religión o patriotismo habrían de oponerse con eficacia a la sovietización de su nación, y la consecuencia fué que aquellos personajes que constituían en 1943 el Comité central del Komintern y que acordaron su autodisolución, pasaron a *ser gobierno* en sus naciones o, por lo menos, preeminentes figuras políticas. Thorez, el desertor frente al enemigo de su patria, pasó a ser Vicepresidente del Gobierno de Francia; Vasilio Kolarof, Presidente de la República búlgara, con Jorge Dimitrof como jefe del Gobierno; Matías Rakosi, primer Ministro de Hungría; Wilhelm Pieck, jefe del partido comunista alemán en la zona rusa; Köpplenig, primer Ministro adjunto de Austria; Clemente Gottwald, jefe del Gobierno checoslovaco; Togliatti, que se llamaba Ercoli cuando formaba parte del Komintern, es ahora el jefe del par-

tido comunista italiano. ¿Cabe demostración más clara de que el Komintern no se disolvió jamás más que en apariencia?

La U. R. S. S. intentó después utilizar la O. N. U. como instrumento internacional para sus fines, y al no lograrlo se ha quitado de nuevo la careta con la reciente declaración de Varsovia, donde se constituye una IV Internacional con sede en Belgrado, que resucita fortalecido al Komintern; pero ahora, con una impudicia inaudita, no se habla de revolución mundial ni de Unión Universal de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sino de «luchar contra el imperialismo norteamericano, asegurar la libertad a los pueblos y vigorizar la democracia». ¿Y quiénes dicen esto? ¿Se trata de unos comunistas desconocidos que obran por cuenta de su grupo político, sin ninguna conexión con los gobiernos que hoy rigen los Estados de sus respectivas nacionalidades? ¡Ni mucho menos! Esta declaración de guerra al supuesto imperialismo norteamericano y esta profesión de fe democrática la firman: el yugoeslavo Kardeli, el búlgaro Chervenkov, la rumana Ana Pauker, el polaco Gomolka y el ruso Malenkov, que son miembros de los actuales gobiernos de Yugoeslavia, Bulgaria, Rumania, Polonia y la U. R. S. S., y por si esto fuera poco, el Secretario general del nuevo Komintern es nada menos que don Pepe, don Pepe Stalin, Jefe supremo del Estado soviético y Pontífice máximo del comunismo internacional. Este ciudadano, que domina a un pueblo de 180 millones de habitantes gobernando con un partido comunista que sólo cuenta con 1.600.000 afiliados, en situación de desaforado privilegio y, a la vez, de permanente terror a caer en desgracia del amo y ser *eliminados,* ¡ofrece al mundo luchar por la *democracia* y por la *libertad!*...

Por mucho que uno se esfuerce no hay posibilidad de encontrar adjetivos que den la debida dimensión a tamaña desver-

güenza. La capacidad de asombro del hombre de hoy ante la falsedad, la hipocresía, el cinismo y el sectarismo oficial, está ya totalmente agotada, y son tan burdas las mentiras y tan grotescas las manifestaciones de sinceridad y de falsa buena fe, que, superado el borde de la natural indignación, se llega ya al franco regocijo.

Y en tal trance, confesamos que nos ha producido verdadera gracia, como si del más ingenioso «tan-tan» se tratara, el enterarnos que Mr. Truman, todo un Presidente de los Estados Unidos de América, que en agosto escribía a S. S. Pío XII «debemos tener fe en el triunfo inevitable de la verdad y de la decencia», al conmemorar el 12 de octubre, Día de la Hispanidad, ha hablado del genio y de la gloria del *italiano* Cristóbal Colón, y de que tras él, *partiendo de las costas de Italia,* miles y miles de *italianos* llevaron al continente americano su civilización y su cultura. Parece ser también que los italianos de Norteamérica, tomando en serio esto, que sólo cabría interpretar como una broma más o menos pesada del señor Presidente, han desfilado regocijados con banderas y músicas por las calles de Nueva York. Sí, señores; por lo visto al conmemorar el 12 de octubre en los Estados Unidos no se ha citado oficialmente a España, como si ésta no hubiese existido nunca en el planeta... Y es natural. Estos señores se aferran tercamente a que la España de quien quisieran hablar es la que representa el «homeopático Gobierno republicano en el exilio», y ¡¡es tan difícil identificar en el menudo, melenudo y campanudo don Alvaro de Albornoz a «Los Caballeros de la Imprudencia» de los magníficos versos de Agustín de Foxá!!

14 de octubre de 1947.

XXIII

CONSPIRACIONES DE GUARDARROPÍA

Entre carcajadas o frases gruesas de desprecio e indignación, según el temperamento de cada cual, han acogido los españoles las noticias que hoy publica la prensa, con referencia a telegramas de la Agencia Reuter, sobre el contubernio antiespañol Prieto-Bevin-Gil Robles.

Los hechos, en síntesis, son los siguientes: hace unas tres semanas el cazurro socialista, tristemente famoso entre los españoles por su indiscutible responsabilidad en los asesinatos y robos sin cuento perpetrados en nuestro suelo, se traslada a Londres y es recibido por el Ministro británico Mr. Ernest Bevin en su despacho oficial del Foreign Office. Los dos correligionarios departen largamente sobre lo que más conviene hacer para derribar el régimen español, el cual, sobre asentarse en una victoria militar tan rotunda como pudo ser la de la Gran Bretaña sobre Alemania (pero más auténtica porque la nuestra la alcanzamos nosotros solitos), tiene el refrendo de la voluntad de la nación, puesta clamorosamente de manifiesto en el *referéndum* del 6 de julio. El orondo don Inda salió de la entrevista enigmático y optimista, según su propia confesión. Días más tarde llega a Lon-

dres Gil Robles, el antiguo jefe de la C. E. D. A., del que las radios y periódicos extranjeros dicen que asume la representación de los monárquicos (¿de qué monárquicos?), y es recibido el día 19 por Mr. Bevin, también en el Foreign Office. Parece ser —dice la Agencia informadora— que Bevin indicó a Gil Robles que el Gobierno británico (tomen ustedes nota, porque de ser así Bevin no hablaba como socialista, sino como Ministro británico y tomando la voz del Gobierno) vería favorablemente que celebrara una entrevista con Prieto, y don José María, olvidándose de muchas cosas, entre otras —como hoy señala un periódico de la mañana— de sus amigos, que por el simple hecho de serlo fueron asesinados por los amigos del señor Prieto, acudió a la entrevista con éste, y es obvio que estrechó su mano...

La última noticia es que Prieto llegó ayer a París y que, al descender del avión en el aeródromo de Orly, manifestó que estaba muy optimista y que había llegado a un acuerdo en principio «con el dirigente monárquico español Gil Robles», dice la Agencia, y agrega que éste llegó también a París y se entrevistó con el señor Quiñones de León y otras personalidades monárquicas, para continuar hoy su viaje a Lisboa.

¿Qué se persigue con esta ridícula conspiración? Pues se persigue simplemente satisfacer los deseos de Mr. Bevin «de que las fuerzas antifranquistas en el exilio se unan con un programa común de acción, de forma que pueda constituirse un Gobierno de coalición conforme con la declaración tripartita del 4 de marzo de 1946», es decir, constituir un Gobierno *quisling* a las órdenes de Mr. Bevin. Ahora bien; aun suponiendo que llegase a reclutarse la pandilla de miserables suficiente para repartirse las carteras de un hipotético Gobierno dispuesto a poner a España al servicio del extranjero, ¿ha pensado Mr. Bevin en el

medio que tendría que emplear después para imponer ese Gobierno a los españoles? ¿No sabe Mr. Bevin que hacer que los españoles renuncien a su independencia de pueblo soberano es mucho más difícil, infinitamente más difícil, que arreglar la caótica situación económica de la Gran Bretaña y que resolver los problemas ingleses de la India, de Palestina, de Egipto y de Grecia? Pues si Mr. Bevin no ha podido evitar desde su mesa de despacho del Foreign Office que Su Majestad británica no sea ya Emperador de la India; si no es capaz de resolver el pleito entre árabes y judíos en Palestina, donde, con evidente menoscabo del prestigio británico, sus oficiales han sido apaleados por los judíos; si ha tenido que consentir que las tropas británicas se hayan tenido que retirar de la mayor parte de las guarniciones de Egipto y en que se tengan que marchar de Grecia; si el Gobierno inglés declara que no puede sostener su zona de ocupación en Alemania, y si, simbolismo fatal para Inglaterra, tiene que ordenar que amarre la Home Fleet, dejando un sólo crucero y cuatro destructores de servicio, ¿cómo tiene Mr. Bevin la osadía de pretender inmiscuirse en los asuntos internos de una nación como España? ¿De qué clase de pueblo cree que está tratando? Que no juzgue a los españoles por sus dos últimos suplicantes interlocutores. El uno es un vulgar delincuente, cuya desvergüenza es proverbial en España. El otro es el tipo clásico del «fracasado irascible». Un día su verborrea sedujo al pueblo español, que como Diógenes buscaba un hombre, y puso en él su confianza y le dió sus votos. Al señor Gil Robles se le subió el triunfo a la cabeza; se creyó un genio y que era realidad aquel lema, por él consentido, de que «el Jefe no se equivoca nunca», y como cuando estuvo en condiciones de demostrar que era un jefe, sólo puso en evidencia que era un pobre hombre y fracasó ruidosamente, desde entonces sufre un terrible ataque

de soberbia y es casi un anormal. La reacción del señor Gil Robles, suicidándose políticamente ante la opinión española con esta última grotesca cabriola, es tan lógica como pudiera ser la del novel jugador de *golf* que, porque no lograse dar a la pelota, rompiese el palo en la cabeza del *caddie*.

Estos dos personajes y los que pueda haber detrás de la cortina, nada son ni nada pesan en España. Lo único grave para los ingleses (pues a los españoles Mr. Bevin nos importa lo mismo que Prieto o que Gil Robles) es el papel del Ministro británico en el asunto que comentamos. Los ingleses tienen perfecto derecho a pensar que si ellos tienen a Mr. Bevin en el Foreign Office es para que resuelva los problemas ingleses —que buenos son y buenas soluciones precisan—, no para que satisfaga sus fobias sectarias, con evidente quebranto del prestigio nacional y positivo daño para su país... Pero, en fin, esto es cosa de los ingleses, que siempre han sido personas serias; ¡allá ellos!

22 de octubre de 1947.

XXIV

LAS TRADE UNIONS Y EL COMUNISMO

Con el título de «Llamamiento para ayudar a los Sindicatos españoles», el diario laborista inglés publicó en su número del 15 del pasado mes la siguiente información:

«Los Sindicatos británicos han recibido un llamamiento del Consejo General Sindical para que contribuyan a una suscripción que ha sido abierta por la Federación Mundial de Sindicatos, que se aprovechará exclusivamente para ayudar al movimiento de resistencia dentro de España.

»Esta suscripción fué autorizada por el Congreso de los Trade Unions recientemente celebrado en Southport.

»El Consejo General Sindical dice en su circular:

»*Enviado especial.* — «La Federación Mundial de Sindicatos »ha mantenido en todo momento contacto con los represen- »tantes en el extranjero de los elementos sindicalistas españoles »y ha hecho todo lo posible por zanjar las diferencias que existen »entre ellos, diferencias que no se repiten en el interior de »España.

»Un enviado especial ha sido comisionado desde el interior »de España para resolver los problemas relacionados con la

»unidad sindical, y sus credenciales han sido reconocidas por »la Federación Mundial de Sindicatos, ante la que el enviado »está acreditado como representante de la U. G. T.»

Radio París, en su emisión en español a las 22'30 del día 23, dijo:

«*Londres.* — En la Casa del Transporte, en el edificio de las Trade Unions, se ha lanzado a la publicidad el importe de la primera suscripción abierta por los Sindicatos británicos para recaudar fondos destinados a la ayuda clandestina de los antifranquistas. Se espera recibir sumas importantísimas a partir del momento en que la Comisión Ejecutiva de los Sindicatos haya examinado la cuestión.»

¿Sabe el obrero inglés, al que en nombre de la Federación Mundial de Sindicatos se pide parte de su jornal y al que, probablemente, se coaccionará para que lo entregue barajando los conocidos tópicos de libertad y de democracia, lo que es en realidad la Federación Mundial de Sindicatos y a quién sirve? ¿Sabe que esta entidad, que se dice creada para defender los intereses laborales, no tiene otro objeto que servir los políticos de la U. R. S. S., que son diametralmente opuestos a los de la Gran Bretaña? Pues que se lo pregunte a sir Walter Citrine, representante de las Trade Unions, Presidente nominal y testaferro efectivo de esa Federación Mundial de Sindicatos, nacida en la Conferencia Mundial Obrera de París del otoño de 1945.

En este otoño de 1945 los Soviets, no de una manera directa, sino a través de los directivos de la C. G. T. francesa, totalmente sumisos a Moscú, convocaron la Conferencia Mundial e invitaron a las organizaciones obreras anglosajonas. El Gobierno laborista británico, conociendo el interés soviético por esta Conferencia y no queriendo disgustar al Zar rojo con una negativa, acon-

sejó a las Trade Unions que mandaran a París sus representantes, y allá fueron sir Walter Citrine y otros dirigentes laboristas. Acudieron también a la capital de Francia los representantes de la C. I. O. norteamericana (Congresos of Industrial Organization), de significación filocomunista; pero, en cambio, los afiliados a la A. L. F. (American Labor Federation, poderosa organización obrera norteamericana), con un espíritu más patriota, más viril y más digno, se negaron a actuar de peleles manejados por los comunistas, e hicieron bien, porque el espectáculo del Congreso, para los no comunistas, no pudo ser más vergonzoso.

Allí se encontraron una colección de señores que al comenzar declararon *por las buenas* que ellos representaban a tantos millones de obreros. El comunista mejicano Lombardo Toledano, por ejemplo, se adjudicó a sí mismo, simplemente bajo su palabra, la representación de todos los millones de obreros de Hispanoamérica.

Ante tan desaforada *alegría democrática*, sir Walter Citrine, en nombre de los representantes anglosajones, sugirió tímidamente que para la debida «formalidad del juego» consideraba elemental que cada cual justificara su representación. ¡Nunca lo hiciera! La democrática concurrencia comunista se desató en improperios contra el representante de las Trade Unions (que diga él a sus representados si es o no rigurosamente cierto este incidente) y, de *fascista* en adelante, lo pusieron como un trapo. Sir Walter Citrine aguantó el chubasco, encajó con flema los insultos, y en lugar de tomar el sombrero y marcharse, que hubiera sido lo digno para la representación que ostentaba, se quedó y claudicó aceptando las adjudicaciones de representaciones de masas obreras que cada cual quiso apuntarse, y ¡viva la libertad y la democracia!

En estos momentos doña Lola, la *Pasionaria,* que asistía al jolgorio desde un palco, aprovechando el «crecimiento espiritual» que había alcanzado el ambiente, se puso en pie y, desmelenada e histérica, se desató en ataques contra España, pidiendo el *boicot* general de todas las masas obreras del mundo contra nosotros. Tras España, salieron a colación Portugal, Turquía y la Argentina, *repugnantes naciones fascistas* que se niegan a servir a Moscú...

Se acordó allí por la inmensa mayoría, fácilmente lograda con los votos que cada cual se adjudicó porque sí, pedir una representación en la O. N. U. y crear la Federación Sindical Mundial, que sería regida por un Comité Ejecutivo con *nueve* directivos. Se eligieron éstos, democráticamente como es lógico, y de los nueve, siete resultaron ser comunistas o comunistoides ciegamente subordinados a Moscú, a saber: Louis Saillant, francés; Benito Franchon, francés; Leon Jouhaux, francés; Hillman, norteamericano, y Kurnezof, Tasasof y madama Popavoska, representantes directos de Moscú y de la absoluta confianza de Stalin y Zdanof.

Para mayor I. N. R. I., sir Walter Citrine, representante de las Trade Unions, fué nombrado Presidente; pero su papel a la cabeza de este Comité comunista cien por cien no puede ser más inoperante, ya que el verdadero directivo es el Secretario general, cargo que recayó en el comunista francés Saillant.

Ya constituída esta nueva Internacional comunista, los representantes de los obreros ingleses, franceses y norteamericanos se *tragaron* mansamente una serie de discursos, en los que se atacó con insultos soeces al «imperialismo de los países anglosajones» y a la «política imperialista colonial francesa», es decir, se atacó a las patrias de aquellos señores, y aquellos señores soportaron los insultos y hasta aplaudieron sumisos. En sus países

tienen voto para opinar sobre cómo se debe gobernar, lo cual es tan absurdo como si en un Estado Mayor de un ejército en guerra se pidiera a la hora de planear una operación su opinión a los oficiales del ejército enemigo. ¡A ver si no es lógico que los Soviets propugnen para los demás una democracia que ellos, naturalmente, no practican!

En la primavera de 1946 se celebró un nuevo Congreso de la Federación Mundial Sindical en Moscú, y allá fué de nuevo sir Walter Citrine a desempeñar su triste papel de figurón y a escuchar los más duros ataques contra la «política del Gobierno laborista británico», a la que se calificó de *fascista* (el insulto de moda entre los comunistas) y de *imperialista*. La *Pasionaria* volvió a hacer surgir el nombre de España, y provocó que se acordara la celebración de manifestaciones y la recaudación de colectas para sostener la resistencia en el interior de España.

Como consecuencia de estos acuerdos comunistas, ahora se pide su dinero a los obreros ingleses. Con este dinero, hombres instruídos en el arte del terrorismo en Moscú o en Toulouse, que logren filtrarse por los Pirineos, se dedicarán al robo y al asesinato; a atracar a viajeros, a asaltar bancos, a provocar voladuras, a sabotajes en ferrocarriles y a otros crímenes parecidos, que todos los Códigos penales de todos los países civilizados condenan con la pena de muerte, lo cual no es óbice para que cuando la Justicia española aplica tales penas a semejantes bandidos los vasallos de la U. R. S. S. *se rasguen las vestiduras:* ¡se ha sancionado un delito político! ¿Considerarían los obreros británicos, los mineros de Gales, por ejemplo, delito político el que una mano criminal hiciese volar una galería de sus minas, matando a cientos de compañeros y reduciendo la producción de carbón, con daño para la economía que afecta a todos los ingleses? Pues que piensen que para fomentar atentados de este tipo

es para lo que se les pide su dinero en nombre de la libertad y la democracia.

Piense el obrero inglés en otra cosa. El Gobierno laborista británico, en el poder por los votos de las Trade Unions, considera intolerable y un grave atentado a la tan manoseada libertad que las naciones vasallas de Moscú fronterizas con Grecia sostengan con su dinero y con sus armas a las *guerrillas* comunistas en el territorio helénico. ¿Tiene sentido que en tales circunstancias las Trade Unions coticen para alimentar las guerrillas comunistas en otra nación independiente? Además, ¿cómo va a salir ese dinero de Inglaterra? ¿Ilegalmente? Y si no sale y se queda en el país, ¿no se empleará en fomentar el comunismo en la Gran Bretaña?

Es comprensible que un hombre sea asesinado. Lo que no tiene explicación posible es que el asesino engañe a su víctima hasta el extremo de convencerla para que se suicide. Pues bien, esto, que en el terreno de lo individual entrañaría, por parte de la víctima, un caso extraordinario de imbecilidad, se está dando en el campo de lo colectivo... ¡Pobre Humanidad!

4 de noviembre de 1947.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

XXV

EL DERECHO A LA HUELGA

«Desde hace cuatro días no se han recogido las basuras que se acumulan en las calles.» «No hay agua, las funerarias no quieren atender las llamadas y hay peligro de epidemias.» Bajo estos títulos, que instintivamente llevan la imaginación hacia algún recóndito poblado del interior del continente africano, nos dió la prensa de ayer las noticias relacionadas con las huelgas en la capital de Francia. El 80 por 100 de los servicios públicos de París, incluyendo barrenderos, basureros, obreros del agua, etcétera, está en huelga. La gran mayoría de los panaderos han acordado también ir al paro, y si éste no se ha producido aún es porque los dirigentes de la huelga están esperando a que la paralización en la fabricación del pan pueda hacerse simultáneamente en toda la nación; pero cuando todos los señores *boulangers* se pongan de acuerdo, los franceses se quedarán sin pan hasta que aquéllos logren sus deseos de aumento de jornal o de lo que sea, que puede ser simplemente poner en evidencia la falta de autoridad del Gobierno.

Cuando los habitantes de París, sin lavarse, sin afeitarse y sin pan, anden por sus calles chapoteando inmundicias y tapán-

dose la nariz para evitar el desagradable hedor de millones de W. C. sin *water,* bajo la fundada amenaza de que si la epidemia que han anunciado las autoridades sanitarias les lleva al otro mundo sus cuerpos se quedarán a la intemperie como en un campo de batalla, salvo que sean sus propios familiares quien les entierren, sólo les quedará un consuelo: la honda satisfacción de pensar que son ciudadanos *libres* de una nación archidemocrática, y que si perecen será en nombre de la *Liberté,* la *Egalité* y la *Fraternité;* porque si los obreros del agua han cerrado los grifos, y los de las funerarias se niegan a enterrar a los muertos, y a los basureros no les da la gana de retirar las basuras, y los panaderos acuerdan holgar, tienen perfecto derecho a hacerlo porque también son ciudadanos libres. ¡Pues no faltaba más!

Ahora bien; la reacción del francés también podría ser otra. El francés podría pensar: «¿Si el panadero, el basurero, el obrero del agua o el enterrador tienen derecho a hacerme a mí la vida imposible por un motivo en el que nada tengo yo que ver, no tengo yo el mismo derecho y mayor justificación para reventarle a él? ¿Por qué no declarar la huelga al huelguista? ¿Por qué no negarle a él y a su familia los alimentos en los mercados, el calzado en las zapaterías, los trajes en las sastrerías y las medicinas en las farmacias? ¿Por qué no apedrearles sus casas? ¿Por qué no asaltárselas y tirarles los muebles por las ventanas? El daño de algunos cristales rotos o de unas cuantas camas y armarios estrellándose sobre el pavimento de las calles siempre será mínimo en comparación con el que puede producir una epidemia en una población de cuatro millones de habitantes. El huelguista, en el ejercicio de sus libertades, no solamente me perturba y molesta, sin que yo tenga nada que ver con su pleito, sino que hasta pone en peligro mi vida y la de mis hijos, pues yo, en el ejercicio de las mías, voy a ver si le hago polvo: la *liberté*

y la *egalité* es para todos, y si la *fraternité* queda mal parada, él ha sido el primero en quebrantarla.»

¿Qué pasaría ante esta reacción perfectamente natural? Si estos hechos se produjeran y se repitieran en un proceso lógico de acciones y reacciones, llegaríamos a que cada cual se tomaría la «justicia por su mano» y a que la sociedad se desharía, siendo la convivencia entre los humanos tan fraterna como la de las fieras en la jungla, que es, sin duda, el objetivo que perseguían Marx y sus discípulos al predicar el derecho a la huelga: deshacer la sociedad civilizada para construir sobre sus escombros el superestado comunista, en el que ¡ay de quien piense siquiera en practicar la huelga! ¿Qué huelgas ha habido en la U. R. S. S. bajo el mandato staliniano?

¡Pintoresca teoría esta del derecho de huelga! ¡Grotesco concepto el de la libertad en que pretende apoyarse! La única libertad individual posible entre gentes civilizadas es la definida por aquel personaje de *El collar de estrellas:* «Que cada cual haga lo que le dé la gana, *pero sin molestar a los demás.*» La libertad individual debe estar condicionada a no perturbar el bien común de la sociedad. La sociedad, constituyendo representaciones racionales y directas, dicta sus leyes, y a éstas deben subordinarse todos. Cuando alguien las quebranta hay una Justicia que a todos obliga. Si los pleitos civiles los resuelven los jueces con todos los recursos y apelaciones precisos para garantizar la pureza del fallo, hasta llegar a la resolución definitiva de un Tribunal Supremo, ¿por qué han de ser una excepción los pleitos laborales? ¿Sería lógico que porque un señor entendiera que tenía derecho a que otro le pagase cierta cantidad se dedicase a molestar a todos los vecinos de su casa aporreándoles la puerta durante toda la noche, para que éstos, por evitarse la molestia, obligaran a pagar al supuesto deudor? Pues esta es, sin

exageración alguna, la teoría de la huelga. Los obreros de tal mina, por ejemplo, entienden que se les debe pagar más o que deben trabajar menos, ¡pues a la huelga!; y si todos los mineros de la nación les secundan, mejor. Si la producción se para y, como consecuencia, se paralizan los transportes, y no hay carbón ni para calentarse ni para cocinar, y se produce un daño mortal a la economía nacional, al bien común, mejor. Así, la autoridad, por evitar la catástrofe, obligará a que se dé lo que se pide, aunque sea injusto. Esta es, en definitiva, la teoría de «la bolsa o la vida», y así no se puede vivir en paz. Pero si pensamos que esta palanca de la subversión, del desorden y de la ruina económica de las naciones está en manos de un monstruoso poder que pretende esclavizar al mundo, la conclusión es mucho más grave, y pretender justificar en serio la existencia y la legalidad de esta táctica hablando de Libertad, constituye la más incomprensible de las idioteces.

10 de noviembre de 1947.

XXVI

¡MEMENTO!

A las veintiuna horas treinta minutos del día 4 de marzo de 1946 «La voz de los Estados Unidos de América» lanzaba al éter el *texto íntegro de la nota sobre España, suscrita por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.*

Aquella nota, que tuvo la virtud de proporcionarnos un espantoso sueño, que en la medida en que los sueños pueden recordarse referimos a nuestros oyentes al día siguiente (1), decía así:

«Los Gobiernos de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos de América han cambiado impresiones con respecto al presente Gobierno español y sus relaciones con el mismo. Se ha acordado que mientras el general Franco continúe mandando en España el pueblo español no puede contar con participar de lleno y cordialmente con aquellas naciones del mundo que, mediante un esfuerzo común, han derrotado al nazismo alemán y al fascismo italiano, los cuales ayudaron al actual régimen español a encaramarse al Poder. Régimen éste, el español, calcado a imagen y a semejanza del nazi-fascismo.

---

(1) Ver *Comentarios de un español.*

»No hay intención alguna de intervenir en los asuntos internos de España. Los españoles mismos son quienes tienen que decidir a la larga su propio destino. A pesar de las medidas represivas del presente régimen contra los esfuerzos que está haciendo el pueblo español para organizarse en orden y dar expresión a sus aspiraciones políticas, los tres gobiernos de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos confían en que el pueblo español no sufrirá otra vez los horrores y las crueldades de la guerra civil.

»Por el contrario, es de esperar que los dirigentes españoles y liberales puedan encontrar pronto la manera de desprenderse pacíficamente de Franco, abolir la Falange y establecer un Gobierno interino y de transición, bajo el cual el pueblo español tenga ocasión de escoger libremente el tipo de Gobierno que desea y escoger a sus gobernantes. Son esenciales a este fin la amnistía política, el regreso de los españoles exilados, la libertad de reunión y de asociación política y la adopción de medidas que aseguren la celebración de elecciones públicas y libres.

»El Gobierno interino que se constituya con estos fines y siga fiel el cumplimiento de los mismos, obtendrá el reconocimiento y el apoyo de todos los pueblos amantes de la libertad. Este reconocimiento supondría el establecimiento de plenas relaciones diplomáticas y la adopción de aquellas medidas prácticas que ayuden a solucionar los problemas económicos de España, en la proporción en que dichas medidas de ayuda puedan llevarse a efecto en las presentes circunstancias. Ahora es imposible adoptar tales medidas.

»El problema de mantener o terminar las relaciones diplomáticas de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos con el presente régimen español es asunto que tiene que decidirse a la luz de los acontecimientos y tras de tenerse en cuenta los es-

fuerzos del pueblo español para conseguir su propia libertad.»

¿Recordáis, españoles, aquella nota? Eran las trompetas del Apocalipsis. El mundo entero oficialmente lanzaba el anatema contra nuestro régimen, contra nuestra victoria, entre el regocijo y el entusiasmo de los rojos vencidos. Era el mundo entero. La U. R. S. S. no aparecía entre los firmantes del acuerdo, ¿para qué? (sus intenciones respecto a nosotros no ofrecían duda), pero figuraban las demás grandes potencias vencedoras: los Estados Unidos, Inglaterra y hasta Francia, encaramada, mediante hábil cabriola, entre *los grandes:* los demás no contaban. El mundo entero, pues, sin razón y sin justicia, nos repudiaba. Los vencedores iban a organizar y a dirigir el futuro de la vida sobre la tierra; a nosotros se nos dejaba al margen, como a apestados. Con un total desconocimiento de la entraña de nuestra tragedia, con una pasión sólo disculpable por la psicosis producida por la guerra recién terminada, se nos negaba el pan y la sal. No podíamos contar con nada; ni con consideración, ni con ayuda. Hipócritamente se incitaba al pueblo a la rebelión contra el régimen. Se decía que no había intención de intervenir en los asuntos internos de España, pero que se esperaba que el pueblo fuese capaz por sí sólo de romper las hipotéticas cadenas que le oprimían. Y se decía igualmente que era *esencial* para que lográsemos la benevolencia de los vencedores:

Una amnistía general;

El regreso en triunfo de los vencidos, y

Elecciones generales, previas la puesta en práctica de una absoluta libertad de prensa y de asociación política.

Es decir, se pedía que liquidásemos la Victoria, que regresaran a España los responsables directos, y con ellos los ejecutores de crímenes y robos sin cuento, para que una vez en España publicaran sus periódicos glorificando sus depredacio-

nes y celebrasen mítines con puños en alto y banderas rojas, en los que la *Pasionaria* y sus satélites habrían de cantar las excelencias de la libertad y la democracia. Luego, los consabidos mangantes de la política, harían sus arreglitos de coaliciones, alianzas y contubernios para las elecciones, y ¡a votar todos como si nada hubiese pasado!; ¡a ir como becerros al matadero otra vez!

Jamás tuvo España a lo largo de su vieja y gloriosa historia una presión exterior más fuerte. Los viejos que vivieron «la ferrerada» consideraban ésta como unos «juegos florales» en comparación con la violenta repulsa de todo un mundo impulsado por la soberbia del vencedor en una guerra sin precedentes.

El ataque era injusto; se ofendía a nuestra dignidad nacional; se arañaba en nuestras heridas aún en carne viva; pero, ¿era sensato —pensaban los prudentes— enfrentarse con colosos irritados?; ¿no era mejor una *habilidad?* Don Prudencio, nuestro viejo amigo, consideraba de buena fe que había *que hacer algo,* porque «en contra del mundo no se podía vivir»... ¿Recuerdan ustedes? (1).

Han transcurrido de entonces a acá nada más que veinte meses. Ante la terrible conminación España reaccionó con un elegante encogimiento de hombros y siguió adelante su camino con orgullo y sin jactancia. El 6 de julio de 1947, a los dieciséis meses de que los poderosos del mundo expusieran su deseo de que el pueblo español eligiese un Gobierno y un régimen a gusto de ellos, los españoles votaron —con una mayoría que para sí quisiera cualquiera de los regímenes democráticos existentes— que *sí* a la ley de Sucesión que ratifica el régimen nacido de la Victoria.

La firmeza, la energía y el patriotismo del hombre que nos

---

(1) Ver *Las tribulaciones de Don Prudencio.*

condujo a la victoria de 1939, nos salvó también —menos espectacularmente, pero con tan positiva eficacia— de la grave crisis de 1946. Ante la disyuntiva de resistir sin más apoyo que la razón o claudicar, más o menos vergonzosamente, decidió resistir. Resistimos y nos salvamos; salvamos la vida y, a la vez, la dignidad nacional.

Hoy Francia e Italia, a los dos años de la terminación de la guerra, arden en los desórdenes comunistas que España conoció ya en 1934. Las huelgas, los asaltos, los choques armados contra la fuerza pública, la paralización de los puertos, el corte del tráfico ferroviario, muertes, incendios, gobiernos que se tambalean, desprestigio de la autoridad, alcaldes apaleados en Marsella, coacciones a los jueces en París, asesinatos, incendios, etc., en el norte y sur de Italia, en el norte de Sicilia, en la región de Cagliari, en el mediodía de Francia, son el saldo de la puesta en práctica en esos dos países latinos del sistema político cuya implantación en España se propugnaba como esencial en la famosa nota para que mereciéramos la benevolencia de sus firmantes. ¡Tremenda lección! ¡Qué poco tiempo ha hecho falta para que nuestra razón se imponga! Ahora podríamos preguntar a los señores que *cambiaron impresiones respecto a España* en aquellos primeros de marzo de 1946: «¿Les gusta a ustedes el actual panorama de Francia e Italia?» Pues eso es como una jira campestre en comparación con lo que hubiera sucedido en España si llegamos a hacer caso a su altruísta consejo. Ustedes, sobre olvidarse de que España es una nación soberana, estaban en lo alto de un ciprés. Ya se habrán convencido. Ahora, ¡a ver cómo se sale de ese lío! Nosotros... seguimos marchando por nuestro camino; por el que elegimos por nosotros mismos.

24 de noviembre de 1947.

BIBLIOTECA PÚBLICA

XXVII

LA TRAGEDIA DE FRANCIA

El Gobierno Schuman pidió el sábado al Parlamento francés la aprobación de medidas de excepción para hacer frente a la ofensiva de huelgas de que es objeto la nación francesa por parte del partido comunista, obediente a Moscú. Los diputados de esta filiación organizaron inmediatamente un formidable escándalo dentro del salón de sesiones, aporreando con los pupitres y pateando concienzudamente sobre el *parquet,* a la vez que lanzaban al Presidente los más groseros dicterios, llamándole «cerdo», «asesino» y otras lindezas por el estilo. ¡Enternecedor espectáculo de la exaltada espiritualidad de la *democracia comunista!*

No se sabe aún si los proyectos de ley de Schuman serán aprobados. Los comunistas han iniciado una campaña de dilaciones y obstrucción, y mientras tanto las huelgas siguen, la vida francesa está paralizada y la palabra caos está en todos los labios y, desde luego, en todas las conciencias. «Vamos al caos», piensan con regocijo los comunistas, porque su objetivo es precisamente conseguir el caos en su nación para arrojarla hecha un guiñapo a los pies de Stalin; «nos llevan al caos», comentan los franceses no comunistas, con el espanto del viajero

de autobús cuyo conductor ha perdido los frenos y que se ve lanzado cuesta abajo y a pocos metros ya de la curva, en la que, salvo un milagro, se estrellará fatalmente.

¿Quién salvará a Francia? Con una desvergüenza inaudita los comunistas franceses enarbolan la bandera del patriotismo para aniquilar a su patria. «Vamos contra el imperialismo norteamericano del plan Marshall», dicen, cuando su objetivo es la esclavización de Francia. Los votos acaban de decir que la mayoría del pueblo francés es anticomunista, pero la minoría comunista pretende imponerse por la violencia, sin freno ni consideración de ninguna especie. En nombre de la democracia y con soflamas *chauvinistes,* una minoría, a las órdenes de otra potencia, trata de imponerse *por flamenca* al resto de la nación y apoderarse del Gobierno. Si lo lograse, aunque fuese por unos meses, Francia ya no tendría salvación.

«Encontramos —ha dicho Schuman en el Parlamento al hablar de las huelgas— cada vez más extranjeros mezclados en este asunto. No tendremos piedad para con estos elementos.» A Schuman le ha faltado decir —y esto es lo grave en orden a su capacidad de reacción— que si cuando la patria es atacada no cabe piedad contra el enemigo extranjero, menos piedad cabe contra el nacional que sirve a ese enemigo. Si en 1939 se hubiese cogido a un francés que, al servicio de Alemania, saboteaba, por ejemplo, una vía férrea, hubiera sido fusilado en el acto; pues bien, ¿no es exactamente el mismo delito el que están cometiendo todos y cada uno de los comunistas franceses, de los que los más responsables, los diputados, se permiten, además, el lujo de llamar a voz en grito en pleno Parlamento *salaud* y *cochon* al señor Presidente del Gobierno? ¡Y mientras tanto la noble figura del mariscal Petain cumpliendo condena por *traidor* en la isla d'Yeu!

Cuando Francia va a la guerra contra Alemania para defender a Polonia (¡pobre Polonia!), Thorez y sus amigos los comunistas desertan de las filas del Ejército francés y sabotean cuanto pueden la capacidad defensiva de Francia. Francia es vencida, y en su derrota tienen no poca parte los comunistas franceses. En el momento del caos se arroja a Francia moribunda en los brazos del vencedor de Verdún. El anciano soldado no puede darla ya la victoria, pero hace de escudo de su patria maltrecha y la salva del vilipendio concertando un armisticio que libra a Francia de la pérdida de su soberanía. Después, ejércitos extranjeros arrojan de Francia a los alemanes y aparecen los traidores comunistas arrogándose el papel de «resistentes» y asumiendo la función de jueces. Todos los que no huyeron a la llegada de los alemanes y se quedaron para salvar lo más posible de la soberanía francesa son tildados de «colaboracionistas» y fusilados o condenados a muerte civil y a prisión perpetua. El almirante Platón, un francés cien por cien, es fusilado; y Paúl Chack, un anciano dedicado a cantar las glorias militares de Francia, y tantos y tantos otros. El almirante Laborde, el almirante Esteva y cientos de patriotas, están en prisión; y sobre todo el anciano mariscal. Allá en la isla d'Yeu, frente a las costas de la Vendée, con sus noventa y un años, está encerrado Petain. ¿Por qué? Su sentencia dice que ¡por traidor a Francia! La realidad es muy distinta. Está encerrado, y milagrosamente no fué fusilado, por amar a Francia y *por ser católico*. Los comunistas franceses tuvieron la habilidad y la audacia de explotar el sectarismo anticatólico francés y lograr su colaboración, para eliminar a los *bomberos* antes de dar fuego al edificio de la nación francesa. Ya está éste ardiendo; se ven las llamas... ¿Dónde están los bomberos, los que por amor a Francia y a Dios serían capaces de oponer la violencia

a la violencia y combatir al comunismo en la única forma en que puede ser combatido? ¡Ah! Están, o en prisión, o en el otro mundo... Esta es la tragedia de Francia. Hoy está siendo objeto de una agresión violenta; está en trance de invasión por el extranjero, pues los comunistas, siervos de la U. R. S. S., extranjeros son en sus patrias respectivas, y la invasión del extranjero no se puede parar con decretos-leyes, ni con habilidades dialécticas, ni con pactos ni compromisos. Que Schuman y De Gasperi mediten sobre lo que pasó en España en 1934. Cuando después de sofocar una revuelta armada, que puede no ser más que un simple tanteo, no se aplasta al enemigo, se incurre en debilidades, y, con el candor de una tierna doncella, se considera que la solución definitiva está en conquistar, derrochando elocuencia, trescientas actas de diputado, entonces fatalmente se recibe el segundo envite y se perece si no se tira por la calle de en medio y, fusil en mano, se limpia de canalla el suelo de la patria.

Sólo Dios sabe la suerte que espera a Francia, a Italia y quizá al mundo entero. Nadie sería capaz de adivinar sus designios, pero lo que sí puede asegurarse es que ni Schuman ni De Gasperi podrán salvar a sus naciones respectivas de la invasión comunista a golpes de Boletín Oficial y, desde luego, que Francia no será realmente una nación segura de sus destinos en tanto el anciano mariscal Petain siga recluído en la isla d'Yeu. Hay estigmas fatales...

1.° de diciembre de 1947.

XXVIII

LA PAZ ANTE EL NUEVO AÑO

El mañana, inmediato, próximo o más o menos remoto, personifica siempre para el hombre un enigma sin más solución que el tiempo. ¿Qué nos traerá el mañana en lo personal, en lo colectivo, en lo nacional, en la salud, en los afectos, en alegrías o en penas, en impresiones agradables o en preocupaciones angustiosas? Lógicamente esta trascendental interrogación debiera ser fundado motivo de permanente inquietud, pero, afortunadamente, nos hemos habituado a vivir sobre estas dudas. Gracias a Dios, el pleno convencimiento de nuestra total incapacidad para vislumbrar en el mañana no amarga nuestra vida, porque cada cual presupone su futuro y marcha hacia él cubriendo la fragilidad de sus hipótesis con un piadoso «si Dios quiere». Vivimos como el buque que navega en niebla cerrada, pero... nos hemos acostumbrado. A fuerza de fracasar en el intento de querer ver en la oscuridad, sabemos que marchamos por la vida sin conocer qué es lo que puede atravesarse en nuestro camino, y unos con fe en la benevolencia Divina y otros sin más fuerza que el no querer pensar, vivimos tranquilos en la esperanza de que no tropezaremos con obstáculos desagrada-

bles, y así se suceden los días a los días y se van deshojando los calendarios...

Pero nuestra tranquilidad no es, naturalmente, completa. Por eso, cuando surge un jalón destacado en la marcha del tiempo, como es el tránsito de un año al siguiente, nos asalta esa duda y esa inquietud por el futuro, cuya permanencia sería insoportable. Ante el 31 de diciembre los hombres se hacen siempre la misma pregunta: «¿Qué nos deparará el nuevo año?»; y en el momento de las doce campanadas con que se inicia la vigencia del nuevo enigma, se estrechan las manos y se desean «un feliz año». Se desea para los demás lo que cada cual para sí desea, con la egoísta comunidad de intereses de los náufragos acogidos a una misma balsa. «Que Dios nos dé un feliz año.» «Que Dios nos proteja en esta nueva etapa de la vida que hoy comienza.»

Hoy, en los umbrales de este 1948, sobre la preocupación normal del interrogante que para cada uno particularmente se abre todos los primeros de enero, ha dominado una inquietud de tipo colectivo. ¿Existirá en el bagaje del nuevo año el terrible azote de la guerra? Y en el pensamiento de todo hombre o mujer con dos dedos de frente ha surgido la palabra PAZ como el factor común de todos los mejores deseos para la nueva etapa que se inicia.

Es muy posible que nunca haya existido entre los humanos un deseo más general de paz. Las tremendas consecuencias de la última y terrible guerra, y las atrocidades que cabe suponer en una futura lucha, justifican este común temor hacia la guerra. Nadie la desea; ni los profesionales, ni los jóvenes que toman parte en su aspecto deportivo; porque las guerras actuales, que hacen sus principales víctimas en los indefensos e inocentes seres de la retaguardia, en niños, mujeres y ancianos, son odio-

sas. Las guerras podían tener su encanto cuando se ventilaban sólo entre los combatientes; hoy son otra cosa muy distinta, y todo el mundo las teme; pero el terrible peligro puede presentarse, porque, pese a toda su secuela de horrores, *hay algo peor que la guerra, que es la esclavitud en lo físico y en lo espiritual.*

Cuando no hacemos más que hablar de libertades, existe el hecho evidente y casi tangible de que un hombre, que dirige a un pequeño grupo de vesánicos, tiene esclavizados a cerca de doscientos millones de seres humanos y está dispuesto a esclavizar al mundo entero.

Después de casi tres años del cese de las hostilidades no ha sido posible aun organizar la vida de los pueblos derrotados; pero en estos meses de inútiles conferencias, y sirviendo exclusivamente a sus fines imperialistas, el bisturí de Stalin no ha hecho más que dar tajos mortales, sobre el cuerpo maltrecho de la anestesiada Europa, en la figura de una serie de hechos consumados. Va a la última Conferencia de Londres para lograr una unidad alemana *quisling* de la U. R. S. S., y fracasa pese a la coacción de las revueltas comunistas en Francia y en Italia; pero su reacción ante este fracaso ha sido la aparición del Gobierno griego del cabecilla comunista Markos y la abdicación del rey Miguel de Rumania, al que se hace firmar algo tan absurdo en boca de un Rey como que «la institución monárquica es un grave impedimento para el desarrollo de nuestro país».

La marea comunista sigue subiendo. Es tonto cerrar los ojos a esta realidad y considerar un triunfo, por ejemplo, el cese de las huelgas comunistas en Francia y en Italia. Mientras en estas naciones el comunismo siga siendo un partido legal con sus diputados en la Cámara, y estén libres en la calle y orgullosos de sus fechorías los que acaban de hacer descarrilar trenes produciendo centenares de víctimas, las revueltas pueden volver a

producirse en cualquier momento con mayor virulencia, y sólo Dios sabe con qué consecuencias.

Si el mundo occidental desea la paz, y esta paz sólo es amenazada por el comunismo soviético, lo lógico sería quitar a éste todas sus posibilidades de acción dentro de los países que trata de asaltar aniquilando a sus quintas columnas. Esto no sería atentar a la libertad de los pueblos, sino actuar con eficacia precisamente en defensa de esa libertad amenazada. Dejar que existan y actúen los partidos comunistas, saboteando la acción de los gobiernos y creando dificultades a la reorganización económica de un mundo maltrecho, es tan disparatado y absurdo como pudiera ser el propugnar, en nombre de la humanidad, que los leprosos anduvieran libremente por las calles. Recluir a los desgraciados atacados de este terrible mal será muy duro, pero la salud de los demás así lo exige.

Al desear a todos la paz en el año que ahora comienza, bueno será implorar a Dios este inestimable don, y rogarle que El, que todo lo puede, haga que los hombres que dirigen los pueblos vean con claridad el peligro y, dejando a un lado rencillas y competencias de menor cuantía, lo atajen con medidas eficaces y... sin andarse por las ramas.

5 de enero de 1948.

BIBLIOTECA PUBLICA

XXIX

EL «PROTOCOLO M»

Nuestros oyentes habrán leído en la prensa diaria de estos días los comentarios y las noticias, procedentes de Agencias de información extranjeras, relativas al ya famoso «Protocolo M», documento soviético publicado en un periódico de la zona francesa de Alemania, de cuya autenticidad parece ser que no es posible dudar.

El documento en cuestión es un completo «plan de operaciones» comunista, en el que se fija como misión el colapso económico de la región del Ruhr. La dirección de estas operaciones se encomienda al «Kominform», y en el texto del documento en cuestión se regula de una manera precisa cómo se han de llevar a cabo los sabotajes de las medidas encaminadas a poner en plena producción esta importantísima región industrial del centro de Europa; cómo se han de crear dificultades en los transportes para que no lleguen los víveres y se produzcan apocalípticas situaciones de hambre en sus cinco millones de obreros, y cómo se ha de explotar la desesperación que este hambre produzca para provocar movimientos subversivos. Con todo esto se persigue, en definitiva: hacer fracasar el Plan

Marshall y convertir en comunista a la población de Alemania.

«Los centros principales de lucha —prescribe el documento— serán: el distrito del Ruhr y su producción y los medios de transporte del noroeste alemán.» «No es necesario —dice con la mayor frialdad— destruir los víveres, basta simplemente con impedir su llegada a tiempo. Lo esencial es producir retrasos en las llegadas de los suministros y huelgas esporádicas en los transportes que disminuyan la producción.» Y mientras tanto, la propaganda, al oído, en rumores y comentarios, tomará como consignas:

Que el Plan Marshall es un plan de esclavización a los monopolios capitalistas de los Estados Unidos.

Que las huelgas que se producen en todos los países no controlados por los Soviets son la manifestación más clara de la decadencia de la sociedad no comunista; y

Que, por el contrario, la economía en la Europa oriental, sometida a la protección soviética, se desarrolla esplendorosamente.

Se aconseja también —mejor dicho, se ordena— que se produzcan protestas contra los desmantelamientos de fábricas en el Oeste que no sean ejecutados por los comunistas...

El conocimiento del texto del «Protocolo M» ha podido producir todo, menos sorpresa. A nuestro juicio, no es más que una prueba material de acusación, pero no descubre ningún misterio, y puede asegurarse la existencia en los archivos del Cuartel General de Stalin de una abundante colección de documentos similares, con la referencia de casi todas las letras del alfabeto, que integran un plan general de sovietización del mundo, para el que éste, dicho sea de paso, en la parte que no está controlada por la U. R. S. S., está dando, con la máxima de las inconsciencias, todo género de facilidades.

Sentado, como premisa fundamental, el designio de Stalin de extender su dominio al mundo entero, justo es reconocer que se le están sirviendo en bandeja las oportunidades de éxito.

El caldo más perfecto para el cultivo del comunismo es la *injusticia social,* que se manifiesta más acentuadamente cuando hay escasez, cuando el hambre y la falta de lo más indispensable para la vida material lleva la desesperación a los hogares. El hombre que ve a sus hijos sin poder comer se rebela; esto es tan lógico como justo. Pues bien, la U. R. S. S., logrando la guerra mundial preconizada por Lenín, ha provocado la más grave crisis económica que registra la historia. La solución de esta crisis no es otra que *producir,* y cuando el mundo occidental se dispone a reorganizar su economía aumentando la producción, Stalin se dispone a sabotear esa producción; sabotaje que es posible gracias a la debilidad política, congénita con la democracia inorgánica, y a la cerrilidad y egoísmo con que muchos interpretan las teorías capitalistas. Cuando en una nación no hay una doctrina política que imponga una verdadera justicia social, si a la vez sufre una aguda crisis económica y una crisis de poder público por aferrarse al mito de la democracia inorgánica que admite la legalidad de los partidos comunistas; y sus gobiernos gobiernan en precario, con su autoridad mermada por todas las claudicaciones y componendas a que dan lugar las consabidas luchas de partidos, los planes como el del «Protocolo M» tienen grandes probabilidades de éxito. Mientras a las masas se las den libertades para la subversión, la huelga y el sabotaje, hábilmente inspirados por el Kominform, será imposible resolver sus problemas económicos forzando al máximo la producción, y se las dejará que ellas mismas, inconscientemente, buscando por su cuenta la salvación, se aten al tobillo las cadenas de galeotes de Stalin.

En tanto se pretenda que el Gobierno griego, por ejemplo, combata a las guerrillas comunistas aceptando democráticamente la existencia legal de un partido comunista, y entre sus agitadores y la Ley se interponga una inmunidad parlamentaria; y en tanto haya potentados capitalistas que entiendan que son de distinta condición humana que otros seres, de cuya vida no hay por qué preocuparse y que no tienen por qué beneficiarse de los frutos que su trabajo produce, pretender que los «protocolos M» fracasen será tan disparatado como desafiar a la acción de la gravedad lanzándose desde el balcón del quinto piso de una casa.

19 de enero de 1948.

XXX

LA GRAN BRETAÑA FRENTE AL PELIGRO COMUNISTA

El discurso de Mr. Bevin del día 22 en la Cámara de los Comunes, refrendado al día siguiente por los del Premier Mr. Attlee y el ex Premier Winston Churchill, ha dado al mundo la medida de la paciencia británica. Laboristas y conservadores, gubernamentales y oposición, por boca de sus hombres más representativos, han estado de acuerdo en señalar la falacia de la U. R. S. S. y el grave peligro que el comunismo soviético, en su desenfrenado y descarado intento de expansión, representa para el mundo civilizado.

«La política de Rusia —ha dicho Mr. Bevin— consiste en emplear todos los medios que están a su alcance para lograr el dominio comunista en la Europa oriental y, por lo que se ve ahora, también en el Oeste. Ya vimos el juego que se llevó a cabo en Polonia, Bulgaria, Hungría y, más recientemente, en Rumania, y, según los informes que poseemos, podrán emprenderse otros intentos semejantes en cualquier parte.

»Las Naciones Unidas han sido burladas por los vecinos balcánicos de Grecia.»

Y de su discurso son los siguientes y substanciosos párrafos:

«Si continúa la política de tratar de dominar a Europa por

parte de cualquier potencia y por cualquier medio directo o indirecto, llegaremos a la conclusión de que será inevitable caer de nuevo en otra guerra mundial.»

«Nada de lo que haga nuestro Gobierno irá dirigido contra la Unión Soviética o contra cualquier otra nación, pero tenemos derecho a organizar los espíritus afines del Oeste de la misma manera que lo han sido los del Este.»

«No proponemos ahora una unión política con Francia, pero ha llegado la hora de buscar los medios de desarrollar nuestras relaciones con los países del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo), y vamos a iniciar conversaciones con estos países de perfecto acuerdo con nuestros aliados los franceses. Espero que los tratados que firmemos con las naciones del Benelux, juntamente con el tratado que ya tenemos con Francia, formarán un importante núcleo en la Europa occidental. Además pensamos asociar a esta gran concepción a otros países europeos históricos, entre ellos la nueva Italia.»

«En cuanto a Rusia, poco importa que contemporicemos y, acaso, que apacigüemos o tratemos de llegar a fórmulas de acuerdo. Ha quedado suficientemente claro, creo, que el proceso comunista se desarrolla sin compasión en cada país. El resultado no es sólo la organización de Polonia o de cualquier otro país, sino el control de la Europa oriental por la Rusia soviética, cuyas fronteras han sido de hecho adelantadas hasta Stettin, Trieste y el Elba.»

A continuación el Ministro hizo otra revelación interesante: «En París —dijo— Molotof nos amenazó, a nosotros y a Francia, con que debíamos esperar borrascas si llevábamos adelante el plan para la reconstrucción europea. Mi respuesta fué que la Gran Bretaña estaba acostumbrada a las amenazas y que las hacíamos frente.»

No cabe, pues, dudar sobre la interpretación de estas declaraciones. Mr. Bevin está ya convencido —ya era hora, dicho sea de paso— de que la U. R. S. S. pretende extender su dominio comunista al mundo entero; de que es inútil las contemporizaciones, porque el «comunismo se desarrolla sin compasión», y de que para ello necesita que Europa no se reorganice, porque su plan es avanzar sobre la miseria de los Estados que aun quedan por fuera del cinturón de acero.

Míster Winston Churchill ha sido igualmente explícito. «Muchas veces —dijo— me han preguntado si habrá guerra. Pero, ¿puede asombrarse alguien de que se formule semejante pregunta cuando la palabra sabotaje ha sido empleada por George Marshall en los Estados Unidos y por el Secretario del Foreign Office en esta Cámara, al formular uno y otro acusaciones contra una de las grandes potencias del mundo? En cualquier tiempo pasado ello hubiera sido incompatible con el mantenimiento, en la forma que fuere, de relaciones diplomáticas.»

Realmente el panorama es poco agradable, porque, pese a que se declara el peligro, no se ve que con igual claridad se presente un plan eficaz para conjurarlo. El peligro existe, un peligro terrible, puesto que el mundo está amenazado por el más feroz de los imperialismos conocidos; pero mientras de un lado hay unidad, decisión y ningún freno en el camino del objetivo perseguido, en el otro falta la unidad, abundan los frenos creados por los mitos, los sectarismos, las doctrinas trasnochadas y hasta los resentimientos y amores propios de tipo personal, y como es lógico, la decisión es mucho más endeble. Frente a una mística falsa, pero mística al fin, como es la del grupo de colaboradores de Stalin, falta una mística verdadera. Esto es lo malo y lo grave.

Falta, además, la confianza en los hombres que pretenden dirigir la reacción anticomunista. Han sido engañados; han visto tarde el peligro y, lo que es peor, no quisieron verlo cuando noblemente y por imperativo de servicio a la humanidad se les señaló. Es peligroso viajar en un autobús conducido por un miope, pero si el miope es, además, un terco que presume de disfrutar de una vista maravillosa y desprecia, arrogante, las advertencias prudentes, el peligro es mucho más grave.

En octubre de 1944 —cuando aun era tiempo de haber podido hacer muchas cosas y de evitar muchos dolores— el Caudillo de España escribía al duque de Alba, su Embajador cerca de S. M. británica, para que éste expusiera sus puntos de vista al Premier inglés: «Porque no creemos en la buena fe de la Rusia comunista y conocemos el poder insidioso del bolchevismo, tenemos que considerar que la destrucción o debilitamiento de sus vecinos acrecentarán grandemente su ambición y su poder, haciendo más necesaria que nunca la inteligencia y comprensión del occidente de Europa.»

Esto, que no lo decía ningún visionario, sino el hombre que acababa de salvar a su patria de las garras de Moscú mediante una guerra de tres años y al precio de un millón de muertos, es lo que en Fulton reconoce Churchill dos años después, y lo que ahora, al cabo casi de cuatro años, acaba de confesar Mr. Bevin. ¡Cuántas oportunidades perdidas en estos cuatro años! ¡Cuántas vidas se hubiesen salvado y cuántas lágrimas podrían haberse evitado si la pasión hubiera dado paso a la razón y a un verdadero sentido de responsabilidad!

Sentimos que sir Samuel Hoare no diga nada estos días. Cuando estaba en España y oía a los españoles hablar del peligro comunista, sonreía un tanto despectivamente de nuestras preocupaciones. Eramos unos exagerados, unos pobres hombres

a los que asustaba el «coco»; no había tal peligro; terminada la guerra, ellos meterían en un puño a Stalin; ¡si lo sabría él! Y nos aconsejaba tranquilidad con el mismo tono, entre burlón y cariñoso, con que se asegura a un niño, para que se duerma y nos deje en paz, que no existe el «tío Camuñas»... Y ahora, ¿qué?

El peligro existe. Ya lo ven todos. Tarde, pero lo ven. Lo pasado ya no tiene remedio. Lo que hace falta ahora es no seguir perdiendo oportunidades, ni el tiempo, que es tanto como seguir perdiendo las mejores oportunidades. «Es muy duro para mí tener que decirlo —ha dicho Mr. Bevin—, pero el mundo no marchará bien si no quiere ver la cuestión con toda su desnudez.» Completamente de acuerdo, Mr. Bevin, y nosotros, que estamos en el mundo, aunque se pretenda ignorar pudibundamente nuestra presencia en él y nuestra existencia en la Europa occidental, estamos viendo esa cuestión completamente desnuda desde 1936. Cuando el mundo empezó a considerar, frívola y despreocupadamente, lo que pasaba en España a partir del 18 de julio de aquel año, no se dió cuenta de que hacíamos frente al mismo peligro que hoy a todos amenaza. Nosotros lo conjuramos a la española: con unidad, con energía, con fe; rompiendo mitos, oponiendo a una mística, otra mejor; al valor, más valor; a la tenacidad, más tenacidad, y, lo que es más importante, oponiendo a una falsa doctrina social, que esclaviza al hombre pretendiendo redimirlo de una evidente injusticia social, una verdadera justicia social perfectamente compatible con la más completa libertad del hombre y con todas las posibilidades de orden práctico que exige el progreso económico, sin el que la tan decantada libertad humana no será nunca más que una utopía doctrinal.

24 de enero de 1948.

XXXI

EL HOMBRE QUE APEDREA A LOS BOMBEROS

Según noticias de hace unos días, procedentes de los Estados Unidos, Mr. Paul Chafer, representante republicano de Michigan, ha pedido la acusación pública y proceso de Stalin, Molotof y demás miembros de la camarilla del zar rojo, como «criminales de guerra».

Esta propuesta podrá no ser aceptada, y, desde luego, es muy difícil que por ahora tenga probabilidades de realización, pero justo es reconocer que es de una lógica aplastante.

Hace ya más de un año, exactamente el 11 de octubre de 1946, cuando se comentaban los «crímenes contra la humanidad», que el tribunal de Nuremberg sancionaba con la muerte en horca, recordábamos a nuestros oyentes los delitos, exactamente del mismo tipo, perpetrados en la España roja durante nuestra guerra de Liberación, y los cometidos en Katyn, en Yugoeslavia, en Albania y en las checas francesas, y decíamos: «En Nuremberg se ha condenado a unos hombres que los cometieron —nos referíamos a los crímenes contra la humanidad—; pero, ¿y los otros? ¿Y Stalin? ¿Y Giral? ¿Y tantos otros? ¿Por qué no se les cuelga también? La humanidad, esa humanidad inte-

grada por las víctimas de la España roja, por los asesinados en Katyn, por los que sufren los horrores de las prisiones francesas, por los que padecen la esclavitud de Stalin Khan y por los que, en las cárceles de sus sátrapas, son espantosamente atormentados en Yugoeslavia, en Bulgaria, en Albania..., ¿qué pensará esa humanidad de una justicia que dice actuar en su nombre y no alcanza a sus verdugos?»

Entonces, hace año y pico, estas cosas no se decían más que en España..., aunque, como es lógico, se pensaban en muchas partes, y es seguro que así pensaba también por aquel entonces Mr. Chafer. Hoy éste manifiesta claramente: «La horca levantada en Nuremberg no tiene sentido si no se cuelga también a los cabecillas soviéticos.» Y en la carta que dirige al general Marshall, añade: «Igual que muchos americanos presencié el proceso de Nuremberg con disgusto y vergüenza. Era un proceso que violaba la tradición legal americana, según la cual no se puede juzgar a un hombre por una Ley posterior a su pretendido delito. Lamenté que fuesen enviados a la horca los jefes nazis, condenados por jueces americanos que habían dictado sentencia de acuerdo con las peticiones de fiscales también americanos. Sin duda muchos merecían la muerte. Pero temo que también estrangulamos entonces a la justicia americana aceptando las ideas rusas sobre el asesinato legal. Si hemos establecido el precedente de la venganza sobre la justicia, ¿por qué no procedemos contra los instigadores de la guerra, cuyo delito acaba de hacerse público?»

El argumento de Mr. Chafer rezuma sentido común por los cuatro costados. Si los doscientos sesenta documentos secretos que acaban de ser publicados en los Estados Unidos ponen en evidencia que fué la U. R. S. S. la instigadora de la guerra y la que con sus manejos la hizo posible; si está demostrado

hasta la saciedad su complicidad en la misma, y que es la responsable, por tanto, de la grave crisis que, como consecuencia de la lucha, hoy sufre la humanidad entera, ¿por qué no se aplica a los dirigentes soviéticos, autores de tanto daño, la Ley de Nuremberg? ¿Por qué no se considera a la U. R. S. S. incursa en el capítulo VII de la Carta fundacional de las Naciones Unidas? ¿No estamos ante un caso indiscutible de «amenaza a la paz»? ¿No es algo más serio lo que el comunismo representa para la paz del mundo que aquella estúpida denuncia de que España fabricaba «bombas atómicas», que tanto dió que hablar y que nadie tuvo la gallardía de rechazar con la carcajada que se merecía?

Es más, para juzgar hoy a la U. R. S. S.; para expulsarla, por lo menos, de la sociedad de las gentes civilizadas, e incluso para llevar a sus hombres representativos al tribunal de Nuremberg, no puede haber ya ni el escrúpulo legalista de la retroactividad. Después de establecido el «Código de Nuremberg» los dirigentes soviéticos siguen cometiendo crímenes contra la humanidad y atentados a la paz mundial.

El propio Mr. Bevin ha declarado hace bien poco tiempo que en París Molotof amenazó a Inglaterra y Francia con que sufrirían *fuertes borrascas* si llevaban adelante su plan para la reconstrucción europea. Es decir, que lo que Stalin quiere es que Europa no se reconstruya; le interesa que sus poblaciones sigan pasando miseria y vivan en la desesperación. ¿Cabe mayor crimen contra la humanidad?

El «mahatma» Gandi acaba de ser muerto a tiros. ¿Quién puso la pistola en la mano de Nathuram Vinayak Gode, su asesino? Este es hindú y cabecilla de los «comunalistas» hindúes, de tendencia extremista. «Buscad a aquel a quien el crimen beneficia.» El prestigio personal y casi mítico del «mahatma»

había logrado una tregua, al menos, en las matanzas entre hindúes y musulmanes; Gandi era la esperanza del orden en la India; lo que al Comunismo interesa es desorden y disturbios en todas partes, que en todas partes haya revueltas y miseria, y, cuando se busca, nunca falta un loco, fanático comunalista, como Nathuram.

Stalin desencadenó la guerra más brutal y, a la vez, más estúpida que el mundo ha conocido, y ahora no repara en medios para evitar que se supere la crisis que la terrible contienda ha producido. Marshall intenta auxiliar con dólares a Europa, para que Europa remedie su crisis económica, y Stalin boicotea el «Plan Marshall» y amenaza a Bevin. Gandi pone paz entre hindúes y musulmanes, y Gandi muere asesinado por un comunista hindú, y la sangre volverá a correr por la India. Después de darle fuego al edificio de la humanidad libre de su tiranía, Stalin se dedica ahora a apedrear a los bomberos que acuden a sofocar el siniestro y a salvar lo que pueda ser salvado. De lo que se trata es de que no se salve nada; de hacer polvo todo lo existente, para dominarlo después. Esto está claro como la luz del sol; pero no está menos claro que si los habitantes de la casa en llamas siguen discutiendo entre sí, tratando de *cogerse de primos* para dar satisfacción a sus egoísmos y a sus vanidades, y dejan que el incendiario siga impidiendo la llegada de los bomberos, la casa arderá sin remisión. Y con ella todos los que están dentro.

31 de enero de 1948.

XXXII

LA LIBERTAD DE EXPRESION

La Subcomisión de las Naciones Unidas sobre Libertad de Información y Prensa puso a votación hace unos días el dictamen que ha de entregar al Consejo Económico y Social de la O. N. U.

El dictamen en cuestión, que fué aprobado con el único voto en contra del delegado soviético Jacob M. Lomakin, dice así, según noticia del día 2 procedente de Lake Success:

«Primero. Toda persona tendrá derecho a expresar libremente su pensamiento y a manifestarlo, sin intervención por parte del Gobierno. Este derecho incluirá la libertad para mantener opiniones, buscar, recibir y difundir información e ideas, sea por medio oral, escrito o material impreso, en forma de arte o por medio de instrumentos visuales o auditivos legalmente operados.

»Segundo. El derecho a la libertad de expresión lleva consigo ciertos derechos y responsabilidades. Por consiguiente, podrán imponerse por causas que hayan sido claramente definidas por la Ley, penalidades o restricciones, pero sólo con relación a:

»*a*) Asuntos que deben permanecer secretos debido a los intereses vitales del Estado.

»*b*) Expresiones que inciten a las personas a alterar mediante la violencia el sistema de Gobierno.

»*c*) Expresiones que inciten directamente a las personas a cometer actos criminales.

»*d*) Expresiones que sean obscenas.

»*e*) Expresiones perjudiciales a la buena marcha de los procedimientos legales.

»*f*) Expresiones que violen los derechos de propiedad literaria o artística; y

»*g*) Expresiones respecto a otras personas que perjudiquen su reputación o que sean injuriosas para ellas, sin beneficio para el público.

»Nada de este artículo impedirá que un Estado establezca, mediante condiciones razonables, el derecho de réplica o un remedio correctivo similar.

»Tercero. No debe existir censura previa a los materiales escritos o impresos, a la radio y al material informativo o del cinematógrafo.

»Cuarto. Deberán adoptarse medidas para fomentar la libertad de información, mediante la eliminación de obstáculos políticos, económicos, técnicos y de otra naturaleza, que sean aptos para obstaculizar el libre intercambio de información.»

La cuestión en sí, en absoluto, y más todavía si se la compara con los serios problemas que el mundo tiene hoy planteados, no tiene la más mínima importancia. No pasa de ser un lirismo platónico sin la menor virtualidad de orden práctico, pero ha de sugerir, sin duda, no pocos comentarios a las gentes de buena fe que ya están hartas de *slogans* camelísticos y de rimbombantes dogmatizaciones a contrapelo del sentido común.

Se reconoce en el primer punto del citado dictamen que toda persona tendrá derecho a expresar libremente su pensamiento

y a manifestarlo sin intervención por parte del Gobierno. Perfectamente. Ahora bien; ¿es que todas las personas, cualquiera que sea su clase y condición, van a tener las mismas posibilidades de ejercer este derecho? Las ideas se difunden a través de la conferencia, el libro, la prensa y la radio, y si un señor tiene unas ideas maravillosas, pero no dispone de periódicos, editores o emisores que quieran publicárselas, tendrá que limitarse a difundirlas entre el limitado sector de sus familiares a la hora de comer o a intentar provocar un mitin callejero, subiéndose para perorar en un banco de una plaza pública, lo que le impedirían los guardias por perturbar la circulación; y, en todo caso, siempre la difusión de estas ideas prodigiosas sería mucho más restringida que la de las que se publicaran en la prensa y en las radios, previo permiso, claro está, de los dueños de periódicos o emisoras.

El derecho, pues, a la libertad de expresión del pensamiento, que se enuncia como un derecho para todos, es en la práctica un derecho para unos pocos, puesto que sólo muy pocos son los que se encuentran en condiciones de ejercerlo, y como no hay nada que garantice que esta minoría privilegiada sea la mejor ni la más inteligente, resulta que la famosa libertad de expresión es una insigne estafa a la libertad, atentatoria, inclusive, al bien común.

Llevemos la cosa al límite, y pensemos que un hombre en una nación tuviese el dinero suficiente para hacerse dueño de todos los periódicos y de todas las emisoras de radio. Estas y aquéllos no dirían más que lo que aquel hombre opulento quisiera, y la opinión se formaría sobre la base de sus ideas, que podrían ser buenas, mediocres, tontas o incluso nocivas para el bien común. ¿Hay algo en la declaración que comentamos que evite que pueda producirse un hecho semejante? Pues bien, si

se da una libertad y no se garantizan los medios para ejercerla libremente, convengamos que se consagra una injusticia y que se legaliza la *dictadura ideológica* de las empresas de información, que en ocasiones pueden incluso estar al servicio de poderes extranjeros. ¿Acaso no paga la U. R. S. S., a través de sus hombres de paja, toda la prensa comunista, con la que cotidianamente se envenena con engaños a una gran masa obrera del mundo occidental?

¡Ah!, nos dirán los doctrinarios liberales, es que en el punto segundo se exigen responsabilidades y se establece que los Gobiernos podrán imponer penalidades a los que en la expresión de sus ideas toquen determinados asuntos. Se trata, naturalmente, de que las ideas no hagan daño. No se puede hablar de asuntos secretos de Estado, ni incitar a la violencia, ni propugnar los actos criminales, ni decir obscenidades, ni atentar a la buena marcha de los procedimientos legales, ni atácar la propiedad intelectual, ni injuriar ni calumniar... Bien, muy bien. Pero aparte de que estas siete excepciones, que se han sacado de su cabeza los señores del Subcomité, no son precisamente los preceptos del Decálogo, y son susceptibles de ampliación y de expresión más concreta; toda la buena intención de evitar el mal en que haya podido inspirarse su redacción queda anulada con el punto tercero, en que se prohibe a los Gobiernos la *previa censura*.

Las ideas, como la leche de vaca, pueden ser buenas y malas. Una leche buena, al ser distribuída, resulta beneficiosa porque alimenta a los individuos y los fortalece; pero si lo que se reparte es leche corrompida, los que la injieran reventarán tras agudos dolores. ¿Sería lógico esperar a enterrar las víctimas para sancionar al lechero? No; lo que hacen todos los ayuntamientos es tener sus inspectores sanitarios, que ejercen la *previa*

censura de la leche, o de la carne, o de todos los alimentos que pueden estar adulterados y ocasionar un mal. ¿Por qué no hacer lo mismo con las ideas? Si la policía ve a unos individuos que asaltan una casa, ¿espera a que realicen su robo, y quizá su asesinato, para detenerlos, o ejerce la *previa censura* del acto reprobable cayendo en el acto sobre ellos para evitar el mal?

La obligación de todo Gobierno es ejercer su autoridad en servicio del bien común, y la manera más eficaz de cumplir esta misión fundamental es evitar el mal antes de que se produzca. Dejar, por ejemplo, que se publique una novela llena de obscenidades, que se venda por millares, que se exhiba en los escaparates de las librerías con portadas de indecente pornografía, y esperar, para sancionar con una multa al autor, a que se hayan envenenado millares de muchachos, es la forma más idiota o más perversa de ejercer el Poder público.

En muchos casos, además, la sanción *a posteriori* podría sentar jurisprudencias fatales.

Por ejemplo, leemos en la prensa que el matrimonio suizo Hofer-Fell, que arrojó unos tomates al coche de la señora de Perón cuando ésta visitaba Suiza el pasado año, e hizo impacto en la persona del Ministro de Asuntos Exteriores de la Confederación Max Petitpierre, ha sido sancionado ahora con una multa de 100 francos. La jurisprudencia no puede ser peor. Por 50 francos cualquier ciudadano puede darse el gustazo de zumbar un tomatazo a un ministro y de cometer la villanía de ofender a una señora que, sobre ser mujer, es la esposa del Jefe del Estado de una nación amiga.

Esto será muy democrático, muy liberal y todo lo que se quiera, pero, gracias a Dios, no nos cabe en la cabeza a los españoles.

Se dirá que si existe la *previa censura* en la expresión del

pensamiento se atenta a la libertad y se ejerce la dictadura, pero no es cierto.

El Poder público puede tener perfectamente controlada y limitada su acción en la previa censura. Si existen recursos contra los fallos de los tribunales de justicia en lo civil y hasta en lo criminal, ¿por qué no han de existir recursos contra las decisiones de los organismos de censura? Si en un momento dado se prohibe la publicación de un libro, por ejemplo, y, presentado el recurso por su autor, se llega a la conclusión de que el libro no es nocivo y de que los censores se pasaron en su función, el libro se publica y no se ha producido ningún daño. En cambio, si es nocivo y se ha publicado por no existir la previa censura, el daño que haya producido será ya irremediable...

En fin, no creemos que la labor de ese famoso Subcomité de la O. N. U. tenga la menor trascendencia, pero es lamentable que, cuando se trata de redactar nada menos que una «Declaración Mundial de los Derechos del Hombre», unos cuantos hombres —los redactores de la magna declaración— pretendan que los demás comulguen con ruedas de molino.

7 de febrero de 1948.

ÍNDICE

	PÁGINAS
Diplomacia subterránea.	7
Los grandes y los pequeños...	13
Lord Templewood y las mulas de España...	19
¡¡Producir!!...	23
«*The time is money*, Mr. Noel Backer»...	27
Francia y el *caso* Abd-el-Krim...	31
Bandolerismo y guerrillas	35
«Toros y cañas» en la Cámara francesa...	39
La preocupación norteamericana...	45
Sir Samuel «echa su cuarto a espadas»...	49
El renegado...	53
Sir Samuel sigue perdiendo su precioso tiempo...	57
Salpicaduras de traidores	61
Las paradojas de sir Samuel...	65
Don Prudencio y el referéndum...	69
Don Prudencio y el «problema económico»...	75
El plan Prieto...	81
La verdad	85
La U. R. S. S. ante la O. N. U.	89
Las «cosas» del señor López...	93

PÁGINAS

La victoria de Lepanto... 97
Otro Komintern y nuevos desvaríos de la leyenda negra... ... 103
Conspiraciones de guardarropía 107
Las Trade Unions y el comunismo... 111
El derecho a la huelga... 117
¡Memento!... 121
La tragedia de Francia... 127
La paz ante el nuevo año... 131
El «Protocolo M»... 135
La Gran Bretaña frente al peligro comunista... 139
El hombre que apedrea a los bomberos... 145
La libertad de expresión 149

L. DE LA GOSA

DIPLOMACIA

UBTERRANE

F A
5991